

ESTUDIOS



monleón



60 cts.

Editorial ESTUDIOS - Valencia

CONDICIONES DE VENTA.—Las ventas se hacen en firme y no en comisión; por lo tanto, no se envían libros en depósito.—Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado o a reembolso.—Los gastos de envío van siempre a cargo del comprador.—Los corresponsales y librerías tendrán derecho a un descuento del 30 por 100 en las obras en rústica y el 20 por 100 en las obras encuadernadas.—Los suscriptores directos a la Revista ESTUDIOS tendrán derecho en sus pedidos de libros a un descuento del 20 por 100 en las obras en rústica y el 10 por 100 en las obras encuadernadas.—Los pedidos de particulares cuyo importe sea desde diez pesetas en adelante, se servirán libres de gastos, pero sin descuento alguno.—Salvo indicación en contrario por parte del cliente, los envíos se hacen siempre por correo, en paquetes certificados.

ESTUDIOS (Revista mensual).—Precios de suscripción para España, Portugal y América: Un año (12 números), 8 pesetas. Para los demás países: Un año (12 números), 10 pesetas. En los doce números se entiende incluido el extraordinario de 1.º de enero.—Número suelto, 60 céntimos.—La suscripción puede empezarse desde cualquier mes hasta fin de año.—A los corresponsales y paqueteros, desde cinco ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos, excepto en los envíos para Francia, cuyo descuento en este caso, se aplica a gastos de envío.

Toda la correspondencia, giros, etc., deberán ser dirigidos a Editorial ESTUDIOS, Apartado 158, Valencia (España).

EDUCACION E HIGIENE

Todos los libros de esta sección son escogidos especialmente de entre los de más alto valor cultural y científico, y son, por tanto, de gran utilidad para la superación mental y física del hombre. Su esmerada presentación, unida a lo selecto y provechoso de su texto, la hacen indispensable en la biblioteca de toda persona culta.

	PESETAS	
	Rústica	Tela
LA BELLEZA DE LA MUJER, Carlos Brandt (ilustrada)	5'—	7'—
TRATAMIENTO DE LA IMPOTENCIA SEXUAL, doctor Isaac Puente (ilustrada)	6'—	8'—
EL EXCESO DE POBLACION Y EL PROBLEMA SEXUAL, doctor Gabriel Hardy (ilustrada)	10'—	12'—
* MEDIOS PARA EVITAR EL EMBARAZO, doctor Gabriel Hardy (ilustrada)		5'—
ENFERMEDADES SEXUALES, doctor Lázaro Sirén	1'50	3'—
EDUCACION SEXUAL DE LOS JOVENES, doctor Mayoux	2'50	4'—
LA MUJER NUEVA Y LA MORAL SEXUAL, Alejandra Kolontay	2'—	3'50
AMOR SIN PELIGROS, doctor W. Wasroche	2'—	3'50
GENERACION CONSCIENTE, Franck Sutor	1'25	
EL VENENO MALDITO, doctor F. Elosu	1'—	
LIBERTAD SEXUAL DE LAS MUJERES, Julio R. Barcos	3'—	4'50
EL A B C DE LA PUERICULTURA MODERNA, doctor Prunier	1'—	
* EL ALCOHOL Y EL TABACO, León Tolstod		
LA MATERNIDAD CONSCIENTE, Manuel Devaldés	3'—	4'50
LA EDUCACION SEXUAL, Jean Marestán	3'50	5'—
* LA MUJER, EL AMOR Y EL SEXO, Jean Marestán		
* SEXUALISMO LIBERTARIO, Eugenio Pagán		
LO QUE DEBE SABER TODA JOVEN, doctora Mary Wood	1'—	2'50
ALBORES, Albano Rosell	3'—	4'50
EDUCACION Y CRIANZA DE LOS NIÑOS, Luis Kunhe	0'75	
ESTUDIOS SOBRE EL AMOR, José Ingenieros	0'75	
EMBRIOLOGIA, doctor Isaac Puente	3'50	5'—
* EUGENICA, Luis Huerta	2'—	

ANTOLOGIA DE LA FELICIDAD CONYUGAL

(CONOCIMIENTOS ÚTILES PARA LA VIDA PRIVADA)

Esta nueva publicación tiene una finalidad elevada y digna: aportar al conocimiento de las parejas humanas las más útiles enseñanzas para su compenetración afectiva e íntima y para su felicidad sexual.

En pequeños volúmenes exquisitamente presentados, a tono con lo selecto de su texto, ofrecerá las más bellas páginas, las mejor logradas y más provechosas de cuantas han producido los hombres que dedicaron su ciencia y su saber a convertir en manantial de

dulces placeres y de sanos deleites lo que es hoy motivo de amargos sinsabores debido a la ignorancia y a los prejuicios subsistentes en la vida sexual.

Ni autores mediocres ni obras groseras o cínicas ocuparán estas páginas. Por el contrario, queremos contrarrestar, con la divulgación metódica y selecta de estos conocimientos de alta eficacia cultural y de utilidad práctica indiscutible, la labor nefasta de esa literatura morbosa, halagadora de bajas pasiones, que viene explotando el sexualismo sin escrúpulo alguno.

Estamos seguros de que esta serie de libritos constituirá la dicha de muchos hogares, que la tendrán en gran estima.

Van publicados:

* BREVIARIO DEL AMOR EXPERIMENTAL, doctor Jules Guyot	1 Pta.
* LA COPULA, doctor Van de Velde	1 »
LA ANAFRODISIA (Sus causas y sus remedios), doctor Garnier	1 »
EL PLACER RECIPROCO, doctor Smolenski	1 »
LOS LIMITES EROTICOS, Roberto Michels	1 »
GENESIS Y PROGRESOS DEL AMOR, Carlos Albert	1 »

CONOCIMIENTOS UTILES DE MEDICINA NATURAL

Cómo se previenen y cómo se curan toda clase de enfermedades por la Medicina Natural. Cualquiera de estos pequeños volúmenes equivale a un tratado extenso sobre la enfermedad de que trata, poniendo al lector en condiciones de poder curarse a sí mismo. Cada tema está tratado por un médico naturista especializado en la afección o dolencia tratada, escrito expresamente para esta Sección en lenguaje sencillo para el profano y con honradez científica irrepachable.

Van publicados los siguientes:

LA TUBERCULOSIS, doctor Roberto Remartínez	1 Pta.
ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO, doctor Eduardo Arias Vallejo	1 »
EL REUMATISMO, doctor Eduardo Alfonso	1 »
LA FIEBRE, doctor Isaac Puente	1 »
LA IMPOTENCIA GENITAL, doctor Eduardo Arias Vallejo	1 »
EL ESTRENIMIENTO, doctor Roberto Remartínez	1 »
HIGIENE SEXUAL, doctor Félix Martí Ibáñez	1 »
LA ALIMENTACION HUMANA, doctor Lucio Alvarez Fernández	1 »
LA DELGADEZ, doctor Eduardo Arias Vallejo	1 »
LA OBESIDAD, doctor Enrique Jaramillo	1 »
LA SIFILIS, doctor L. Bastos Corbeira	1 »
LA HIGIENE, LA SALUD Y LOS MICROBIOS, doctor Isaac Puente	1 »
LOS VEGETALES, doctor A. de Vasconcellos	1 »
LAS ENFERMEDADES DEL CORAZON, doctor J. M. Fontanals	1 »
LA APENDICITIS, doctor José Pedrero Vallés	1 »
LAS ENFERMEDADES DEL HIGADO, Dr. Eduardo Arias Vallejo	1 »
PUERICULTURA, Prof. Samuel Velasco y Llamas	1 »
ENFERMEDADES DE LA MUJER, doctor J. M. Fontanals	1 »
LA CALIPEDIA (Arte de engendrar hijos sanos y bellos), doctor Roberto Remartínez	1 »
ENFERMEDADES NERVIOSAS Y MENTALES, doctor J. M. Fontanals	1 »

— Junio
1 9 3 7

Año XV - Núm. 165

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158. — VALENCIA

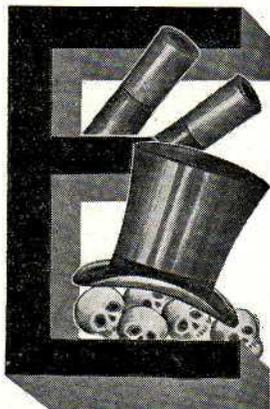
Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

SUMARIO: *Actualidad.*—*La Revolución social en España: Las Colectividades campesinas*, Higinio Noja Ruiz.—*Al día con la Ciencia: Fortificación*, A. Martínez Rizo.—*Careo con mí «Yo, rebelde»*, Dr. Félix Martí Ibáñez.—*Eduardo Branly, Cyrano.*—*Exaltación de las «fobias».*—*Manifestaciones normales del impulso sexual*, J. M.—*Simbiosis y parasitismo*, Salvador Romero.—*Las Dictaduras nacionalistas*, Joaquín Díaz de Vivar.—*España volcánica: La Brigada Internacional*, Antonio Pacheco Padró.—*El progreso de la Biología*, doctor J. M. Martínez.—*Consultorio Psíquico-sexual*, Dr. Félix Martí Ibáñez.—*Preguntas y Respuestas*, R. Re-martínez.

Actualidad



STAMOS hartos ya de tanta palabrería hueera y faisa, de tanta gesticulación inútil, de tanto compromiso roto. No creemos en el arreglo pacífico, por el mero hecho de que haya una parte que lo desea, cuando de la otra se continúa ofendiendo cada vez con más osadía. La democracia está dando, con su actitud encubridora de crímenes y de ignominia, un ejemplo fatal

de su cobardía ante el temor de una guerra que no podrá evitarse, hasta que aquellos que han de empuñar las armas las empleen por última vez en defensa de las eternas víctimas del despotismo y de la explotación.

A pesar de las provocaciones claras y terminantes, de los crímenes y de las jactancias y las insolencias sobre esos crímenes, se sigue la política de las contemporizaciones y del escandaloso pasteleo. No deja de ser curioso el fenómeno manifestado en los asuntos españoles, que ninguna de las grandes potencias europeas han dejado de manosear a placer con la excusa de la No intervención, y que ahora, en vista de un cambio completo de actitud, les servirá para entrometerse más todavía.

La vieja diplomacia cuenta aún con recursos para embrollar al mundo. Pero son siempre de la misma clase. Mira a que perezcan y sufran los más, en beneficio de los menos. Da oídos a los fuertes y se olvida pronto de los débiles, aunque haya hecho derramar algunas lágrimas alquiladas sobre sus desgracias.

Así se ha liquidado el sacrificio de Etiopía, y

así se está llevando la matanza del pueblo español, con diversas primas otorgadas a los agresores.

Con el achaque de que no se corran hacia otros países las llamas que consumen a la península ibérica, lo que se pretende es apaciguar el fermento que la heroica actitud de los antifascistas españoles ha provocado en el mundo entero. No a la guerra, sino a la revolución social, mira la empavorecida burguesía, como algo terrible, a lo que hay que oponerse con todas las fuerzas y por todos los medios.

De manera que la política del *chantage* iniciada por Mussolini —que en esto sí que hay que concederle el primado—, ha prendido también en las democracias, que ya saben hacer uso de sus correspondientes fórmulas salvadoras en los casos comprometidos.

Y así, entre medias tintas y paños calientes, se está desangrando este pueblo, a la vista de unos hombres henchidos de vanidad legalista, que acabarán como siempre inclinándose ante la fatalidad de los hechos llevados a término por los que saben manejar oportunamente la hipérita y el torpedeamiento solapado.

Y que siga viviendo la diplomacia con sombrero de copa, aunque para ello tengan que morir millones de criaturas que no charlan, que no discuten, pero que saben labrar la tierra y levantar edificios para que sus magníficos gobernantes puedan comer y dormir con toda tranquilidad.

Nadie puede achacar ahora desconocimiento de la situación, ni falta de asistencia popular, para cometer una acción de gran estilo que nos dé en el interior del país esa supremacía que por lo visto esperan ciertas potencias, para creer en nuestra vitalidad. Hasta los elementos más extremistas están de acuerdo en que hay que solventar nuestro problema en los frentes. Y cuando lo hayamos resuelto, será hora de procurar

Las Colectividades campesinas



AS Colectividades campesinas nacen como una consecuencia o derivación de las incautaciones y responden a una necesidad apremiante que no podía quedar desatendida. No se subordinan a un plan general meditado, discutido y aprobado previamente ni se ajustan exactamente al contenido de ningún programa. El estímulo primordial arranca de la necesidad, por

todos comprendida, de mantener en plena actividad productora las tierras incautadas a facciosos declarados y a desafectos al régimen más o menos encubiertos. Quizá no se le ocurriera a nadie efectuar un ensayo serio de sus particulares ideas.

El impulso colectivista es un verdadero movimiento de masas. Lo prueba el hecho de que sólo en las regiones de Cataluña, Aragón y Levante se hayan organizado casi simultáneamente y sin previo acuerdo muy cerca de dos mil Colectividades de orientación análoga, aunque su punto de origen sea distinto y difieran algo los detalles de su organización.

Hay que destacar como nota curiosa que las Colectividades campesinas se organizan y desarrollan allí donde la C. N. T. predomina. Es interesante apuntar este dato por varias razones. Primera, porque siempre se colgó a los hombres de la organización confederal el sambenito de intransigentes y sectarios, y las Colectividades no son otra cosa que cooperativas de

producción y consumo, y no es preciso esforzarse en demostrar que el elemento anarcosindicalista no concedió nunca al cooperativismo, como factor de transformación social, un crédito muy amplio. Segunda, porque deshace la leyenda relativa a nuestro alejamiento o desconocimiento de las exigencias de la realidad. Y, finalmente, porque da fe de que nuestro ímpetu combativo sabe conciliarse con la capacidad constructiva y creadora. Cuando se quiten un tanto las pasiones y se analicen serenamente las aportaciones que cada grupo del sector antifascista ha hecho a la revolución, resaltará con acusado relieve nuestra actuación, que acaso no haya sido impecable, pero sí fructífera en todos los órdenes, y sin dejar de ser revolucionaria ha sabido plegarse a las exigencias del momento y ha sido lo suficientemente flexible para que no se rompiera por nuestra causa la armonía que debía reinar entre las fuerzas heterogéneas del antifascismo español.

Las colectividades campesinas son una resultante del movimiento revolucionario provocado en nuestro país por la sublevación del Ejército y por el levantamiento de requetés, falangistas y demás elementos de derechas. Para ordenar la producción era imprescindible un procedimiento más adecuado. En cuanto una comarca se pacifica por la acción enérgica del pueblo, comienzan las incautaciones, requisas y embargos. La gran propiedad y todo lo perteneciente a los directos o indirectamente sediciosos, es incautada por las organizaciones obreras y por los partidos de izquierda. Estas incautaciones eran refrendadas en la mayoría de los pueblos por las gestoras municipales nombradas después del triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936. Se había convenido entre todos los partidos y organizaciones el respeto a la peque-

también que la diplomacia se ponga de nuestra parte.

Hemos de hacernos todos a la idea de que hay que volver a luchar hasta que del horror de la tragedia salga depurada la humanidad para un tiempo tan largo, que en la memoria de los hombres no se recuerden las miserias de estos días.

Quizá tengan razón alguna vez los chulos. Es hora de que callen las lenguas y hablen alto los cañones. Después de todo, vale más ir en busca de la muerte que mantenerse en esta agonía delirante, en que la mayoría de los hombres se van a ver convertidos en una reata de imbéciles manejada por unos cuantos locos.

Nosotros ya hemos empezado. Para todos aquellos que aspiren a una vida social en que exista el mutuo respeto entre los hombres, hay

marcado un frente de norte a sur de la Península Ibérica que es necesario empujar hacia occidente, hasta darle una vuelta completa a la Tierra.

La humanidad no tiene otra salida que la de alistarse en dos bandos: el de los que trabajan y apenas comen y el de los que disfrutan sin trabajar. Y después de todo, si por efecto del choque queda disminuída en unos cuantos millones de cabezas, ¿qué se habrá perdido?

Ninguno de esos farsantes demócratas, que permiten que los pueblos perezcan inmolados a la ambición del poder y de la riqueza, tienen derecho a nuestro respeto y consideración. Nos reímos de sus componendas, como de esos emplastos de oraciones que se les suelen aplicar a los moribundos.

ña propiedad de los no facciosos; y así quedaron en los pueblos rurales de la zona leal, dos sectores: el de los pequeños propietarios antifascistas y el de los jornaleros. Como era lógico, las tierras incautadas pasan a manos de los Sindicatos de campesinos, y son éstos los que tienen que organizar su aprovechamiento y cultivo. Entonces surgen las primeras dificultades. El pequeño labrador hace resaltar su condición de trabajador y su antifascismo. No es un jornalero, pero tampoco es el señorito que vive y rumbea a costa del esfuerzo de los demás. Esto no puede negarse con argumentos de buena ley y tampoco puede negarse su legítimo derecho a participar de los beneficios derivados de un movimiento a cuyo triunfo está cooperando en la medida de sus posibilidades.

Las organizaciones obreras reconocen ese derecho, pero condicionan su disfrute. Para que el pequeño propietario goce de las ventajas obtenidas por la revolución es condición indispensable que haga cesión de cuanto posee al Sindicato y entre a formar parte de la Colectividad. En caso contrario, el Sindicato se encoge de hombros y no quiere saber nada.

Ambas posiciones son lógicas. El pequeño propietario defiende su independencia. No le seduce la perspectiva de trabajar en lo sucesivo sujetándose a una disciplina que le repugna. Además, desconfía del éxito del experimento que se pretende realizar. Le parece más acertado, y, desde luego, concuerda mejor con su psicología, que se efectúe un reparto equitativo de las tierras del término y se deje en libertad a cada vecino de cultivar su parcela como le acomode, pero sin recurrir al trabajo asalariado. Esto no convence a los partidarios de la organización colectivista. Ellos se han comprometido a respetar la pequeña propiedad, pero no a fomentarla. Encuentran preferible por más ventajoso el sistema colectivista. La asistencia técnica, la adquisición de fertilizantes, la compra y empleo de maquinaria agrícola, la realización de obras hidráulicas, la creación de laboratorios y de granjas experimentales, la instalación y puesta en marcha de las industrias necesarias para la conservación de los frutos y para el aprovechamiento de residuos, incluso la distribución y venta de los productos agrícolas, tanto en los mercados nacionales como en los del extranjero, se desenvolverá mejor si marchan todos de común acuerdo e inspirados en el mismo propósito. Por otra parte se trata de imprimir a la Economía nuevas directrices y de darle una nueva estructuración, y en este orden los Sindicatos pisan terreno firme y ocupan la verdadera posición revolucionaria.

Como ninguno de los dos sectores ceden y no logran tampoco hallar un punto de coincidencia que concilie sus intereses respectivos, las Colectividades se organizan teniendo enfrente la oposición del pequeño propietario envenenado por el egoísmo y la de todos los que piensan y sienten en pequeño-burgués. Esto ha producido choques lamentables que pudieron evitarse y que no dicen nada en contra del sistema colectivista que, dígame lo que se quiera, ha sido lo más serio que en el orden revolucionario y en el sentido de la ordenación de la Economía se ha realizado en España en este año de lucha.

Las Colectividades campesinas no reconocen el mismo origen. En unos pueblos, los Sindicatos

deciden organizar la producción en forma colectiva tomando en usufructo las tierras incautadas. En otros, el pueblo se reúne en asamblea general y toma el acuerdo de abolir la propiedad privada sobre la tierra y organizarse en sentido colectivista. En otros, los trabajadores organizados piden al Municipio el reparto equitativo de las tierras expropiadas, y después, reuniendo los partidarios de la colectivización sus parcelas, se organiza la Colectiva.

Así como existe esa diferencia de origen, se advierten diferencias de detalle en la organización interna de las Colectividades que, naturalmente, no afectan a la esencia del sistema.

Hay comarcas en las cuales no existe el salario y comarcas en las que se ha creído conveniente respetarle. En unas se reparte gratuitamente las cosechas en proporción a las necesidades y al esfuerzo de cada uno y se establece una escala de subsidios en metálico —en general 2'50 pesetas por hombre, 1'50 por mujer y una peseta por niño menor de trece años— con objeto de que puedan proporcionarse lo que la Colectividad no produce, y en otras se retribuye el trabajo de cada uno según una tarifa discutida y aprobada por todos y se deja al individuo en libertad de administrarse como le acomode. En lo que existe una unanimidad perfecta es en lo relativo al espíritu de sacrificio y al impulso creador que anima a los colectivistas.

En todas las regiones, lo mismo en Levante que en el Centro, en Aragón igual que en Cataluña, las Colectividades obedecen a un estímulo idéntico. Fe en el trabajo. Desinterés. Capacidad creadora. Anhelos libertarios y renovadores. Se dan casos verdaderamente conmovedores que alientan en nosotros las más halagadoras esperanzas. Abundan los pueblos en que el campesino se ha resignado a trabajar hasta el agotamiento y a percibir salarios notoriamente insuficientes. No hay fiestas ni domingos ni se cuenta el esfuerzo realizado. Cada cual tiene conciencia de su responsabilidad, ama la obra emprendida y se entrega a ella sin reservas de ninguna es-

Las Colectividades campesinas han salvado la economía agrícola en la zona leal y constituyen un ensayo afortunado de una organización social nueva que no admite en su seno al asalariado ni al asalariado. Han organizado el abastecimiento de la población civil, han creado granjas avícolas y establos que son una maravilla, han organizado y sostienen escuelas de primeras letras, han proporcionado a los frentes cuanto ha sido humanamente posible.

Cierto que han incurrido en errores y han herido intereses que hasta el 18 de julio se consideraban sagrados. Pero ello es inevitable en todo período revolucionario. Cuando se intenta construir es preciso destruir primero. Para que el polluelo nazca es indispensable que rompa antes el huevo...

Las Colectividades campesinas, a pesar de estar integradas casi en su totalidad por elementos de la C. N. T., o quizá por eso, ofrecen una nota altamente simpática. No se exige a los individuos que las integran una profesión de fe determinada. Basta con que sea trabajador y antifascista. Se tiene en cuenta al hombre como productor y como consumidor, pero nadie invade su fuero moral ni se inmiscuye en el sagrado de su conciencia. La Colectiva tiene normas que deben ser respetadas y pueden ser modifi-



Generalidades

A fortificación es anti-quisísima, casi tanto como la guerra misma, pues es natural que en la lucha de unos hombres con otros hayan buscado siempre posiciones ventajosas frente al enemigo, creándolas artificialmente a falta de otras naturales o mejorando artificialmente éstas.

Las posiciones ventajosas en las guerras primitivas se fundamentaban esencialmente en la altura, y así era lógico que en las principales alturas fuesen construidas obras rudimentarias que facilitarían los movimientos de las fuerzas ocupantes, así como parapetos o murallas. Toda la zona cantábrica de España está materialmente sembrada de los llamados «Castros», que son fortificaciones rudimentarias en las crestas de los montes, que aunque afirman los autores que son de origen romano, me parece más lógico suponerlas obra de las razas autóctonas.

Prescindiendo de la altura, cuando se trataba de proteger posiciones que carecían de ella, como ocurría con poblados y ciudades, se recurrió naturalmente a la muralla, y de aquí los orígenes de la fortificación permanente.

Pero conforme el hombre se ingeniaba en de-

fenderse, se ingeniaba también en atacar y destruir la defensa de sus enemigos y la lucha entre la muralla y los elementos destinados a su destrucción ha sido secular y casi llega a nuestros días.

Y en ellos casi puede asegurarse de una manera categórica que la muralla ha sido completamente derrotada, tendiendo la fortificación moderna a sustituirla por otro elemento mucho más eficaz: la invisibilidad.

En la Guerra Europea fueron aniquiladas en pocas horas las fortificaciones de Lieja, consideradas como inexpugnables. Los alemanes las conocían perfectamente, y les bastó construir los cañones adecuados capaces de destruir sus inmensos espesores de hormigón y las gruesas cúpulas de acero cromado, pudiendo asegurarse que todo aquello que es visto por la artillería puede ser hoy destruido por ella; de manera que la única defensa que resulta hoy eficaz es la invisibilidad.

Cuando hace poco nos decían desde Euzkadi que Bilbao era inexpugnable a causa de la muralla de hierro y de cemento construida a su alrededor, lo escuchaba yo con cierta incredulidad, y, por desgracia, acertaba.

En la tragedia actual de esta guerra, que nos obligan a hacer contra ejércitos provistos de los armamentos más perfeccionados, creo interesante y conveniente divulgar estos conocimientos, que tienen aplicación tanto en la defensa de plazas como en la de costas, en la fortificación permanente y semipermanente y hasta en la de campaña.

Ataque y defensa de plazas.—Cuando estu-

cadadas por libre acuerdo de sus componentes. En lo que se refiere a ideales y creencias, cada cual es dueño de profesar aquel o aquellas que mejor satisfagan sus apetencias espirituales o cuadren más justamente con su concepto de la vida.

Nosotros creemos sinceramente que, no pudiendo realizar íntegramente su programa ninguno de los grupos que forman en España el frente antifascista, las Colectividades, lo mismo las campesinas que las industriales, pueden constituir el punto de coincidencia que sirva de base a la organización de la victoria, que se deberá a la coordinación del esfuerzo de todos. Prescindiendo de nuestras preferencias ideales, todos reconocemos que debe ordenarse la nueva economía de modo que satisfaga al mayor número y que se ajuste a un criterio de estricta justicia. Ninguna de las distintas agrupaciones que luchan en nuestro país contra el fascio, ni siquiera aquellas que son esencialmente pequeño-burguesas, está disconforme con la supresión del asalariante y el asalariado. Todos coincidimos en ese punto. Para que la sociedad pueda organizarse sin choques violentos, la cooperativa de producción y consumo es la forma ideal. Y eso son precisamente las Colectividades.

Tenemos fe en esa forma de organización de la economía. Si por ese sistema llegamos a la independencia económica del hombre y a la dignificación del trabajo humano —y no cabe duda que llegaremos—, no es dudoso que se imponga sin violencias innecesarias y en un plazo breve el ideal que sea más razonable y más viable. Aunque no fuera así, valdría la pena ayudar al desarrollo y consolidación de las Colectividades, pues ellas pueden sustituir con ventajas al sistema burgués, enteramente desacreditado ya e impotente para remontar la crisis en que le han sumido sus propias contradicciones.

Las Colectividades campesinas, consecuencia de la revolución y resultado de la capacidad constructiva de nuestros campesinos, no pretende nadie que sean perfectas. No lo son. Pero pueden perfeccionarse. Buenos propósitos no faltan. Lo que es necesario es que todos les prestemos el calor y la ayuda que necesitan y que señalemos con noble sinceridad los defectos que en ellas advertimos, sugiriendo al mismo tiempo el modo de corregirlos. Nosotros no dejaremos de hacerlo así, persuadidos de que realizamos verdadera labor revolucionaria.

dié en la Academia de Guadalajara, esta asignatura del quinto año fué una de las que más me gustó por su aspecto histórico, lleno de anécdotas interesantes y curiosas. Así es que, a pesar de haber transcurrido desde entonces acá los treinta y siete años del siglo, recuerdo con gran precisión muchos datos que siento no poder detallar por su inmensa extensión.

Y aunque es penoso trabajo compendiar en la corta extensión de este apartado todo un voluminoso libro, procuraré darle al lector una ligera idea del desarrollo a través de los tiempos de la fortificación de poblaciones y del modo de asaltarlas.

Alboreaba en Grecia la civilización. El alfabeto era aun desconocido y los poetas —los aedas— componían y recordaban sus versos de memoria y los enseñaban de viva voz a los rapsodas, que los repetían. Y entonces fué cuando Homero creó el poema más grande conocido, describiendo en la *Iliada* el sitio y la toma de Troya.

La ciudad estaba rodeada de murallas que eran entonces invencibles, y para lograr entrar en la plaza los sitiadores tuvieron que recurrir a la estratagema de dejar abandonado un inmenso caballo de madera que los sitiados entraron como trofeo en la plaza, sin sospechar que su vientre iba relleno de enemigos.

La Biblia nos habla también de las murallas de Babilonia, construidas con ladrillos, y también son de tiempo inmemorial las famosas murallas de la China, que los japoneses no tardarán en destruir si les interesa para sus fines militares.

Sitiada Siracusa, ideó Arquímedes ingeniosos mecanismos para defender sus murallas, a pesar de lo cual logró asaltarlas el enemigo, encontrando el sabio la muerte a manos de un soldado cuando se encontraba resolviendo un problema geométrico.

Ya por entonces había adelantado mucho el arte de atacar plazas amuralladas. El ariete era una enorme viga de madera terminada en un extremo por una cabeza de carnero de bronce. Suspendida por unas cadenas de un inmenso armatoste con ruedas, servía para golpear hasta desquiciarlas las puertas de las murallas, mientras desde arriba les arrojaban grandes piedras y hasta plomo derretido, protegiéndose los atacantes con manteletes de madera o formando con sus escudos sobre sus cabezas una coraza continua llamada «testudo» o tortuga.

Publio Cornelio Escipión asaltó Cartago Nova por sorpresa atravesando un estuario que se creía invadable, mientras llamaba la atención de los sitiados con un violento ataque en otro frente.

Entre los años 270 y 275, en los que fué emperador de Roma Aureliano, rodeó este emperador a la capital del Imperio por una muralla de 12.345 pasos de longitud, y que encerraban una superficie de 1.396 hectáreas. Murallas que no pudieron evitar que el año 408 asaltase a Roma Alarico con sus ostrogodos, sometiéndola a dos días de saqueo y llevándose un inmenso botín.

Con el transcurso del tiempo

se iban perfeccionando los procedimientos de ataque, y en la crónica de don Jaime el Conquistador describe el mismo monarca cómo fué asaltada Palma de Mallorca.

Ya no se trataba de asaltar las murallas con escalas, sino de abrir en ellas brecha. Para conseguirlo había que llegar hasta el pie del muro, sea protegidos por manteletes de madera rodantes, sea por obras de zapa, trincheras en zig-zag, siempre desfiladas. Una vez allí se atacaba y destruía el muro con picos o con macho y cincel, pero cuidando de sostenerlo con puntales de madera que, en el momento oportuno, preparados ya los asaltantes, eran rociados con aceite e incendiados de manera que, al cabo de poco rato, al quemarse por completo, el muro se desplomaba, dejando abierta la brecha, camino expedito para los asaltantes.

Con posterioridad, conocida ya la pólvora, la demolición se provocaba con barrenos, de donde nació una nueva fortificación que tenía por objeto evitar que el enemigo pudiese llegar hasta el pie del muro y permanecer impunemente en su «ángulo muerto».

Tal era la fortificación abaluartada, en la que cada cortina de muralla se encontraba defendida por dos baluartes que permitían batir de flanco y paralelamente a ella con fuego de arcabuz y de cañón a cuantos enemigos intentasen aproximarse. Antes de la aparición de los baluartes, las murallas eran muros rectos con torres poco eficaces para el flaqueo.

Pero la artillería fué perfeccionándose y desapareciendo el valor de la muralla, que los proyectiles artilleros eran capaces ya de destruir.

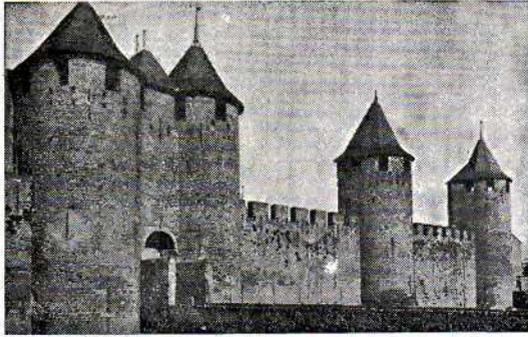
Y entonces apareció la concepción de los campos atrincherados, que consistían en una colección de fuertes aislados, rodeando la población que se intentaba defender, y en tales condiciones que el enemigo no pudiese atravesar su línea sin haberlos antes destruido, para no verse entre dos fuegos.

Estos campos atrincherados dieron en la guerra francoprusiana pésimo resultado, porque necesitaban grandes contingentes para su defensa, y lo mismo que ocurre con la fortificación en general, la gran protección de que gozaban estos contingentes les restaba acometividad.

Tales fuertes están constituidos por reductos y artillados con cúpulas en casamatas de hormigón de espesores fantásticos que, no obstante, fueron en Lieja fácilmente destruidas. Y en los reductos se buscaba también la invisibilidad em-



Estas son las antiquísimas fortificaciones de Trebisonda, la antigua Trapezos de los emperadores griegos de Constantinopla, llamada así por su planta trapezoidal, y que fueron fácilmente asaltadas por los rusos durante la Guerra Europea.



Clásica fortificación gótica de una ciudad del sur de Francia formada por cortinas de murallas entre torreones poco eficaces para el flanqueo.

pleando perfiles de escaso relieve y lo más disimulados posible.

Para terminar con la defensa de plazas quiero hacer una observación. Las fortificaciones del sistema Bauban eran en su tiempo las más famosas, y tras de ser contrastado su valor en los Países Bajos, cuando éstos luchaban por su independencia contra España, se juzgaban absolutamente inexpugnables. Pero más tarde, en guerras de menor envergadura, en las que no alentaba un patriotismo heroico, tales fortificaciones fueron fácilmente asaltadas, lo que demuestra que el valor de las fortificaciones es muy relativa, siendo lo decisivo la moral de los combatientes.

Madrid carece de fortificaciones, y los ejércitos mejor dotados del mundo se han visto detenidos por el valor de nuestras milicias, tras de haber pisado el paseo de Rosales y llegado con sus tanques hasta la estatua de Argüelles, en el Boulevard.

Fortificación permanente y semipermanente.—La fortificación permanente, aparte de la defensa de plazas, tiene como órganos fundamentales el reducto y la trinchera.

El cuarto Regimiento de Zapadores Minadores, que ha estado muchísimos años de guarnición en Barcelona, tenía, no lejos de Vich, una extensa finca arrendada para desarrollar cada año sus escuelas prácticas. Y en éstas cada año era construido un reducto. La contemplación de estos reductos constituía todo un panorama de las evoluciones sucesivas de la fortificación. Los más antiguos eran obras perfectamente abaluartadas, con su glasis, sus fosos, sus parapetos, que se destacaban violentamente con sus líneas geométricas, sus banquetas para tiradores y de circulación, sus plataformas artilleras, a veces acasamatadas, y sus abrigos a prueba. Uno de los últimos que pude ver allí a principios de este siglo era el llamado reducto Bosch, construido con el plan de las trincheras carlistas, o, mejor aún, de la trinchera boer; había sido excavado en el suelo y la tierra había sido trasladada cuidadosamente a una hondonada de la retaguardia, de manera que nada se veía desde el supuesto frente enemigo que denunciase la presencia de una obra de fortificación en la que podía alojarse en su defensa todo un regimiento con varios cañones.

La fortificación permanente en los tiempos actuales suele estar constituida por redes de

atrincheramientos ocupando lugares estratégicos, en las que, además de cuidar con esmero de la invisibilidad, se emplean materiales de alta resistencia y se preparan, sobre todo, lo más invisible y lo más protegidos que se puedan, nidos de ametralladoras. En la guerra moderna el fuego de las ametralladoras es la muralla más eficaz que se conoce. El obstáculo material, fácil de destruir, ha sido sustituido por el obstáculo dinámico de la cortina de fuego que emana de un lugar muy pequeño y, por lo tanto, muy disimulado y muy difícil de batir.

También suelen ser empleadas defensas accesorias, cuyo tipo principal es la alambrada, que retarda enormemente el asalto, pero que tiene el inconveniente de denunciar al enemigo la situación de las trincheras. Ignoro si han sido empleadas falsas alambradas para engañar al enemigo, pero no cabe duda de que su uso sería muy ventajoso.

La fortificación semipermanente es un tránsito entre la de campaña y la permanente. Llegan en la guerra circunstancias que colocan a dos ejércitos frente a frente a escasa distancia, y ambos comienzan a perfeccionar sus fortificaciones de campaña, transformándolas en semipermanente, llegándose así a la llamada guerra de trincheras, en la que ambas fuerzas se encuentran como en un callejón sin salida, eternizándose la guerra.

En general, la fortificación adolece del defecto fundamental de restar movilidad y acometividad a las tropas atrincheradas. Cuando la fortificación concede a sus defensores una gran seguridad, éstos las abandonan con gran pesadumbre y cuesta mucho trabajo sacarlos de ellas y hacerles avanzar. Y, dados estos efectos y teniendo en cuenta que el enemigo también se fortifica, puede asegurarse, en líneas generales, que la fortificación ocasiona o tiende a ocasionar sistemáticamente un alargamiento de la guerra, que es lo que me ha hecho considerar siempre inmensamente preferible la guerra estratégica a la de posiciones.

Fortificación de campaña.—La fortificación de campaña son obras ligeras y construidas por las mismas tropas combatientes para rechazar con ventaja cualquier ataque enemigo.

Generalmente son trincheras de perfiles sencillos capaces de proteger a los tiradores tendidos cuerpo a tierra. Teniendo en cuenta la rapidez con que han de ser construidas y que solamente serán utilizadas de una manera circunstancial y transitoria, es muy difícil conseguir en ellas una acentuada invisibilidad, siendo necesario utilizar la tierra excavada para constituir el parapeto. En tales condiciones resulta en esta fortificación lo más esencial su adaptación al terreno, pues, sabiendo utilizar con habilidad los menores accidentes del suelo, puede lograrse una eficaz protección con visibilidad escasa.

Con maravilloso instinto guerrero, los moros, y sobre todo los rifeños, son maravillosos maestros de los que tendríamos mucho que aprender.

Cuando las fuerzas disponen de más tiempo, la fortificación de campaña más eficaz es la llamada trinchera carlista, por haber sido empleada por ambos bandos en las guerras civiles de España. Consiste esta trinchera en zanjas muy estrechas con la profundidad que permite encontrarse a los ocupantes desfilados de las vis-

tas del enemigo y la anchura suficiente para que estando unos haciendo fuego encaramados sobre una piedra o un pequeño escalón, puedan otros pasar por detrás de ellos. Pero lo característico de estas trincheras es que las tierras extraídas son trasladadas cuidadosamente a hondonadas de la retaguardia de manera que nada denuncie su presencia al enemigo. La trinchera boer es muy parecida, aunque un poco más ancha y con el perfil del desmonte de detrás algo inclinado hacia dentro de manera que pueden tenderse en su arista inferior los defensores sin que sean vistos por los aviones enemigos.

Los rifeños saben aprovechar como trincheras los escalones naturales del terreno, así como establecer sus tiradores detrás de matorrales que los esconden perfectamente. También usan mucho las trincheras individuales o pozos de tirador, en los que la tierra extraída, en lugar de arrojarse delante para constituir parapeto, la arrojan detrás para que no denuncie su presencia.

Defensa de costas. — No podemos terminar este artículo sin ocuparnos de la defensa de costas, que en nuestra guerra puede tener en determinados momentos altísima importancia.

La defensa de costas debe ser permanente en los núcleos importantes, como bases navales, arsenales, etc. En el resto de las costas, sobre todo cuando son tan extensas como las nuestras, la defensa, que únicamente debe tener la misión de evitar un desembarco, ha de ser puramente estratégica y, por lo tanto, únicamente cabe en ella la fortificación de campaña o semipermanente.

Nuestras fortificaciones de costas permanentes radican principalmente en Cartagena y en Mahón. La más elemental prudencia me obliga a no publicar ningún detalle sobre ellas, aunque me son perfectamente conocidas, sobre todo las de Cartagena tal como se encontraban en 1910, debiendo haberse perfeccionado mucho en los veintisiete años siguientes.

Únicamente me extenderé en consideraciones generales, dando a conocer lo que no es un misterio para nadie.

En general son preferidas en todos los países las explanadas «a barbata» a las «casamatas», por su menor visibilidad. Generalmente, las casamatas con espesores de unos ocho metros de hormigón, solamente son empleadas cuando las piezas han de estar emplazadas, teniendo por encima un acantilado que haría caer sobre la batería todos los pedruscos de cualquier cañonazo que acertase en él. El calibre de sus cañones suele ser el mismo del de los enemigos, o sea cañones de 12 centímetros y tiro rápido para el combate lejano y cañones desde 30 a 40 centímetros para batir las corazas de los barcos enemigos.

Uno de los elementos más interesantes en la defensa de costas son las baterías de obuses de grueso calibre emplazadas a respetable altura sobre el nivel del mar y, generalmente, en lugares invisibles desde los barcos enemigos, haciendo sus disparos por elevación con fuego indirecto, según las indicaciones de los puestos de mando transmitidas telefónicamente.

El fuego del cañón, sensiblemente paralelo a la superficie del mar, si no se desvía a derecha o izquierda, choca forzosamente con el barco, pero tropieza con su coraza preparada para resistir el choque de los proyectiles.

En cambio, en el fuego de obús sube el pro-

yectil a gran altura y cae casi verticalmente, de manera que no acierta a darle al barco si es largo o si es corto, resultando así muy inseguro. Pero, en cambio, una granada de obús de grueso calibre que haga blanco en un barco, ocasiona averías de inmensa importancia, ya que la cubierta no puede ser acorazada con espesores análogos a los de los costados.

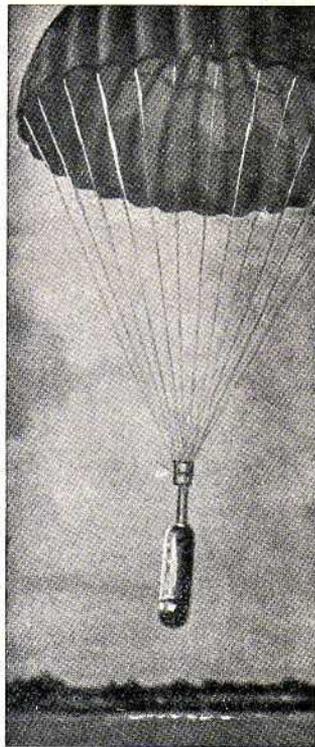
Por otra parte, los cañones de los barcos no pueden disparar por elevación, como tendrían que hacerlo para batir baterías de obuses bien emplazadas en sitios desenfilados y ocultos, lo que acrecienta el valor de tales baterías.

Los marinos acostumbran a hablar con desprecio de estas baterías a causa de lo incierto de su tiro, pero en la práctica, acostumbran a alejarse rápidamente en cuanto comienzan a recibir su fuego.

Se trata de algo parecido al fuego de los aviones, cuya eficacia hemos podido comprobar en nuestra guerra.

Los aviones y los submarinos deben ser el complemento de las defensas de costas, tanto en el caso de bases navales como en la evitación de desembarcos, teniendo los primeros la ventaja de ser la única arma eficaz contra los submarinos, ya que cuando no hay mucho oleaje el mar se presenta perfectamente transparente para un observador en la altura y no le sirve de escondite al submarino por muy hondo que bucee, pudiendo el avión arrojar contra el submarino bombas de profundidad provistas de espoletas que estallan exactamente a la profundidad para la que han sido graduadas.

Contra los aviones enemigos no cabe más fortificación que la pasiva del refugio y la activa de los cañones antiaéreos y los cazas. En todas las fortificaciones es interesante establecer refugios ligeros en los que las tropas puedan esconderse para que no sean vistas desde arriba, aunque la protección contra las bombas sea escasa. Siempre la invisibilidad es lo más eficaz.



Pequeña ciencia

ARTE MILITAR

PARACAÍDAS PARA PERROS DE GUERRA.

—No hace mucho tiempo fueron realizadas en Rusia, con excelentes re-

De este paracaídas pende un depósito cilíndrico en el que va encerrado un perro de guerra que ha sido arrojado desde un aeroplano en vuelo de exploración.



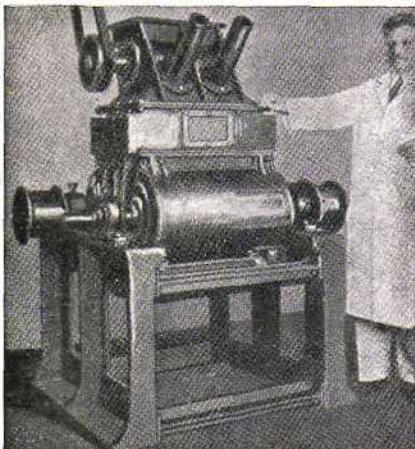
En cuanto el cilindro toca en tierra, se abre automáticamente dejando salir al perro, que guiado por su instinto, corre presuroso a buscar a los suyos, portador de planos o fotos ansiosamente esperados.

sultados, experiencias para dejar caer desde un aeroplano, por medio de un paracaídas, un perro de guerra. Como se ve en nuestras figuras, el perro iba encerrado en un cilindro que se abría automáticamente, dejándolo en libertad en cuanto tocaba en tierra.

En los vuelos de exploración de los aviones militares pueden ser obtenidos fotografías o planos topográficos con interés de hacerlos llegar inmediatamente a las fuerzas que operan en tierra. En ocasiones hasta es interesante enviar mensajes escritos para evitar que el enemigo pueda enterarse de lo que se transmite radiotelefónicamente. Tales documentos suelen dejarse caer en pequeños paracaídas. Pero su caída puede pasar desapercibida, no llegando el mensaje a su destino.

En cambio, remitiéndolo por medio de un perro de guerra, éste, en cuanto sale del depósito cilíndrico, guiado por su instinto, rastrea el suelo y se dirige velozmente hacia sus fuerzas, aun cuando caiga más adelante de ellas.

DEFENSA AÉREA.—Recientemente, un inventor



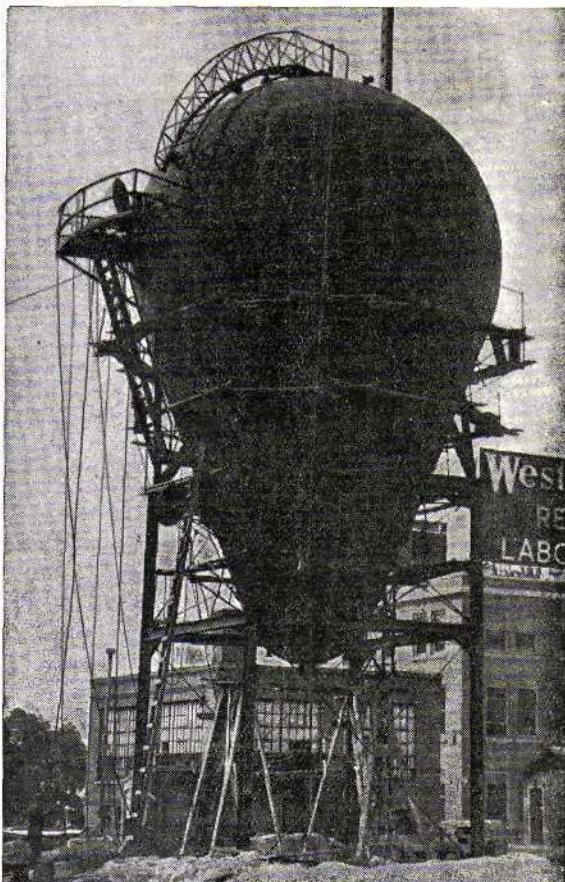
Modelo reducido de una invención francesa destinada a arrojar a las altas regiones de la atmósfera cierto polvo que al llegar a los cilindros con el aire de aspiración impide el funcionamiento de los motores de aeroplano.

francés discurrió una manera de imposibilitar a los aviones enemigos de volar en determinados lugares, como, por ejemplo, sobre las poblaciones.

Su idea, muy racional, fué la de lanzar a la atmósfera por medio de un aparato, que se ve en la figura, construido en dimensiones reducidas, un polvo finísimo especial que al ser absorbido con el aire de aspiración e introducirse en los cilindros, imposibilitaría el funcionamiento del motor.

Como precedente, podemos recordar que en una expedición aeronáutica española a las islas Filipinas, uno de los aparatos tuvo que aterrizar en los desiertos de la Libia por no poder funcionar el motor a causa de los polvos finísimos de arena que levantaba el viento.

La única duda que se nos presenta corresponde a la eficacia del aparato destinado a lanzar



Este tanque de acero generará una tensión eléctrica de cinco millones de voltios, con la que se intentará la desintegración del átomo por medio de balas subatómicas lanzadas a una velocidad de 100.000.000 de millas por hora.

esos polvos a las alturas, pensando, al mismo tiempo, en la posibilidad de hacerlo por medio de cohetes o hasta de proyectiles.

Recordemos que se ha propuesto lanzar con cohetes unos paracaídas entre los que quedasen suspendidos hilos destinados a entorpecer el vuelo de los aviones, así como el empleo de numerosos globos cautivos sosteniendo cortinas de tela metálica.

Y también se nos ocurre que tales cortinas, aun siendo sutilísimas y, por lo tanto, pudiendo tener inmensa extensión con escaso peso, pudieran ser eficacísimas sometiéndolas, por medio de los cables de amarre de los globos cautivos, a una altísima tensión eléctrica capaz de galvanizar a los aviadores en cuanto el avión los rozase.

ELECTROQUIMICA

EL HORNO ELÉCTRICO.—El horno eléctrico ha recibido numerosas aplicaciones industriales, siendo su empleo indicadísimo en el caso de disponer de energía barata.

En nuestro país ocurre precisamente esta circunstancia en la utilización de la energía hidroeléctrica sobrante en las horas del día, de escaso consumo, siendo en muchos casos tan barata que no vale nada, pues cuando no existe un gran pantano capaz de almacenar el agua, ésta se deja correr río abajo sin ser utilizada, lo que es generalísimo en nuestro país, donde la explotación capitalista, buscando la mayor ganancia con el menor gasto, explota los saltos de agua destinando la energía eléctrica exclusivamente al alumbrado, vendiendo el kilovatio hora a precio sumamente alto.

En una nueva organización social desprovista de estos egoísmos capitalistas, sería lógico utilizar la energía sobrante en las horas de escaso consumo de alumbrado en industrias tales como las electroquímicas, capaces de un funcionamiento intermitente y de dar productos que nos son muy necesarios para la economía nacional.

Y para ello está muy indicado el horno eléctrico. Véase los productos que pueden ser obtenidos mediante el horno eléctrico, a cambio del consumo de la energía eléctrica correspondiente a un caballo año.

1.500 kilogramos de carburo de calcio (1.000 a 1.200 si se emplean pequeños hornos de menos de 1.000 caballos de potencia).

De 800 a 1.000 kilogramos de ferrosilicio al

50 por 100, según se empleen hornos de 1.000 a 2.500 caballos.

150 kilogramos de aluminio puro al 99 por 100 y 200 a 250 de aluminio con el 5 ó el 6 por 100 de silicio (utilizable para ciertas aleaciones).

700 kilogramos de ferrocromo ordinario.

1.000 kilogramos de ferrotungsteno a 5 por 100 de carbono.

900 kilogramos de ferromolibdeno ordinario.

200 kilogramos de carburundun cristalizado y 400 amorfo.

1.500 kilogramos de nitruro de aluminio a 20 por 100 de nitrógeno.

Seis toneladas de sosa cáustica y de cloruro de cal.

Tres toneladas de fundición ordinaria.

30 toneladas de acero refinado, partiendo de una carga líquida y siete partiendo de una carga fría.

20 toneladas de cobre refinado, partiendo de carga fría y de cobre bruto.

Una tonelada de zinc con pequeños hornos Trollhättan de 350 caballos.

Todas estas producciones son muy interesantes, pero muchas de ellas exigen determinadas materias primas, mientras que hay una, la del carburo de calcio, que solamente necesita la cal, que abunda en todas partes, y además el carburo puede facilísimamente ser transformado en cianamida cálcica, que es excelente abono nitrogenado y permite obtener fácilmente el amoníaco y otros productos nitrogenados necesarios para la fabricación de explosivos.

Frank Caro descubrió que el carburo de calcio calentado a 1.000 grados se transforma en cianamida, combinándose con el nitrógeno del aire. La reacción química es exotérmica, de manera que una vez iniciada continúa sin necesidad de nuevo suministro de calor. Se puede decir que el carburo arde y actúa como combustible, siendo el comburente el nitrógeno.

Tratada la cianamida con vapor de agua recalentado produce el amoníaco, que puede ser fácilmente transformado en sulfato de amoníaco, tan utilizado en la agricultura como abono.

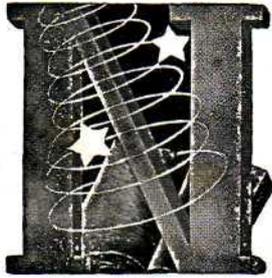
AVISO IMPORTANTE A NUESTROS PAQUETEROS DE LOS FRENTE DE GUERRA

Debido a la movilidad de las columnas que actúan en los frentes de guerra, es de todo punto imposible dirigir reembolsos y certificados a nombre de las columnas que actúan en las zonas de guerra, pues casi sin excepción son devueltos todos los paquetes consignados en esta forma, por la imposibilidad de poder ser entregados por el correo a las estafetas de campaña, dada su inestabilidad. Únicamente admite el correo correspondencia ordinaria para los frentes, y en forma ordinaria no pueden enviarse paquetes de libros, porque es casi seguro su extravío. Por este motivo, rogamos a los compañeros de los frentes se atengan a las siguientes instrucciones:

Primera. Los pedidos de libros destinados a los frentes deberán venir acompañados de su importe por giro postal.

Segunda. Los paquetes serán servidos a la población más inmediata en que actúen las brigadas; pero para evitar extravíos debe indicárenos una dirección particular concreta, esto es, nombre y apellidos, calle y número, adónde deberá enviarse el pedido en la población más inmediata, a cuyas señas deberá ir el interesado para recoger el pedido.

LA ADMINISTRACION



UEVE meses después de su publicación, el autor se enfrenta con su propia obra y sin temor se dispone a mirarla cara a cara, como Edipo miraba a la esfinge de Tebas, buscando hallar en el fondo de los ojos trágicos la clave hermética de sus secretos.

En cierto modo, una producción literaria debe siempre analizarse serenamente, desligándola de su autor. ¿Qué representa una novela? Psicológicamente es la segunda etapa de un proceso cuya fase subjetiva representó un burbujeo espiritual de inquietudes que era preciso lanzar afuera para que no explotase la marmita a presión del espíritu. En el comienzo, el artista vive su obra internamente y durante un tiempo más o menos largo lleva en el alma la maqueta de su creación. Miguel Ángel pasea por las columnatas del cementerio, en el crepúsculo de ciprés y mármol, su delirio plástico; Leonardo de Vinci proyecta sobre las manchas de moho que esmaltaban los paredones de los palacios de Florencia la suave policromía de sus Madonnas; Poincaré, paseando por las calles de París, siente bailar en zarabanda numérica en su pensamiento los guarismos de la inspiración matemática. Siempre el creador vive esa fase febril y frenética en la cual el estro creador tenía para los griegos carácter de inspiración dionisiaca, y para el observador, sentido de espasmo convulso, en el cual la intuición del artista da a luz en parto doloroso el fruto de su propia alma.

Y una vez parida la obra de arte, una vez objetivada la creación subjetiva, ya no debemos contemplarla a través de la lente que siempre deformaría la visión de la personalidad del autor, sino que debe ser diseccionada analíticamente con la misma fría impassibilidad con la cual embalsama el entomólogo a la mariposa.

La fase subjetiva de mi novela *Yo, rebelde* ha sido larga y dolorosa; su gestación, lenta y difícil. Siempre viví prostrado ante una magna inquietud interior, un hambre cósmica que nada satisfacía, una perenne incertidumbre acerca de cuál sería el sendero que debía elegir para vivir íntegramente mi juventud y jugarla en una sola puesta a la carta del ideal. Pero la vida interior de un hombre joven es siempre muy poco interesante para quienes la ven desde fuera, y si la cito es tan sólo como trampolín desde el cual saltar al problema de la juventud.

He ahí el gran enigma. He creído firmemente que del mismo modo que un solo ser animal revive en las etapas de su desarrollo todas las fases de la especie zoológica a que pertenece y el espíritu humano ostenta en sus estratos profundos una reminiscencia de las viejas edades arcaicas de la Humanidad, así, al examinar un pedazo del alma juvenil, hallamos en él la plasmación de todas las angustias e inquietudes de la época, a causa de que no habiéndose madura-

do aún su personalidad, restan en la fase de efluvios, como vaporizadas, todas aquellas preocupaciones que cristalizaran después en acciones concretas.

Un hombre joven es, ciertamente, con su hattilo biológico de plenitud, un símbolo viviente de nuestro tiempo, cuyo nido histórico se halla gravido de pavorosos problemas e irresolubles preguntas. Así nació en mí, ha dos años vista atrás, la idea de encarnar en una figura simbólica, la de un joven, todas las rebeldías y el drama angustiador de una generación atormentada, que vive incierta y vacilante en el umbral de una Nueva Era.

Así fui plasmando en la vida de un joven que desde la dorada estudiantina —oropel afuera y cobre de insatisfacciones dentro— salta a la palestra dinámica de la actuación proletaria, a través de una serie de andanzas y vaivenes espirituales que le conducen, por fin, a la meta deseada, a encontrar su juventud y abrazarse frenéticamente a ella en una suprema y postrema rebeldía.

Dejo a los críticos la tarea de enjuiciar los valores o la mala calidad de mi literatura. Que los joyeros del Arte tansen mi obra e indiquen si es oro o plomo el material que la forma. Para mí tiene un triple aspecto que destacar a mis camaradas juveniles: un sentido íntimo de afirmación espiritual, de profesión de fe juvenil e idealista; el representar una tentativa hacia una nueva forma literaria y los adarnes proféticos que pueda contener. La objetivación en una obra literaria de los problemas espirituales de toda una generación juvenil, ha significado para mí el poder contemplar mi propia vida anímica y la de mis hermanos de juventud en el espejo de una novela y diseñar así con el estilete literario rincones ocultos de mi espíritu, a los cuales no existe otra vía fácil de acceso que el abocar su contenido subconsciente en el castillo fantástico de una novela. Mi Juan Pablo —hermano menor, ¡tan pequeño en el minúsculo drama de su vivir individual!, del Juan Cristóbal de Romain Rolland— simboliza la tragedia y la gesta de toda su generación. Busca en el paisaje amable de la burguesía el pan dorado para su hambre de ideales; y hambriento, desilusionado, tiene que ir a comerlo y a conquistarlo previamente a copia de sudor en el campo lleno de abrojos del proletariado. Campo en el cual los pies del caminante se laceran de zarzas, pero en el cual la frente se corona de polvo de estrellas. Mi *Yo, rebelde*, y más concretamente, mi héroe Juan Pablo, es un jovencuelo vulgar, lírico y soñador; nada en ese pedacito de su vida que recortaron los tijeretazos del principio y fin de la novela hay de extraordinario. Pero yo me propuse asombrar al lector sobre un alma juvenil y mostrarle las misteriosas complejidades que pueden haber en la misma; la arqueta mágica repleta de sorpresas, que es el espíritu juvenil bajo la cáscara indiferente de su frívola apariencia exterior. Se conoce poco a la juventud, y ante ella y sus problemas —que planteé en mi obra—: Vocación, amor, profesión, amistad y tantos otros, se adop-

ta por los débiles una servil adulación, y por los que se creen fuertes, la postura del desprecio. Pero nadie se ocupó de asomarse al brocal del pozo, que es el espíritu del joven, y contemplar allí reflejado en las aguas de su alma individual, el drama de toda una generación. Y en los agua-fuertes rápidos que integran mi novela he intentado captar una serie de instantáneas literarias que engloban esa fase crítica en el espíritu juvenil, en la cual se ventila el azar o la pesadumbre de los días futuros. Se objetará que todo eso, esa «salvación espiritual» —al modo medieval—, podría haber consistido para mí en una exposición de artículos o meditaciones. Pero yo, como decía hace tiempo Benjamín Jarnés, soy de los que creen que la novela no ha muerto, que goza de buena salud aún y que en su letargo actual se incuban futuras grandes realizaciones.

Si Goethe, al matar a su Werther y tumbarle bajo sauces y de frac azul de un pistoletazo romántico, se salvó del suicidio, en planos infinitamente más modestos, nosotros también podemos escribir una novela que, descargándonos de ciertas inquietudes, pueda al menos servir de índice de preocupaciones para otros jóvenes que no se buscaron a sí mismos. La novela puede, por su adaptabilidad a los vuelos de un pensamiento, ser el telar sobre el cual se borden en el cañamazo literario nuestros íntimos conflictos. Pero la novela ya no puede ser solamente un motivo de líricas divagaciones sentimentales. Debe ser un utensilio de trabajo y un cincel más que labre la estatua social; por lo cual, a su carácter literario ha de agregar el estar disparada hacia una finalidad social. Lo cual no significa establecer para la inspiración del artista un régimen de servidumbre, sino henchir su contorno de nuevas y brías posibilidades educativas.

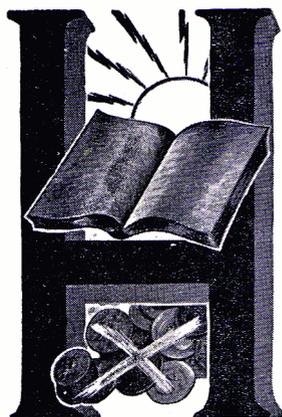
Hacia tiempo que ese género literario, que fuera un saco repleto de incitaciones a la acción que sembrar en el alma de los lectores, estaba por crear. Los maestros de la literatura se embriagaron de arte puro, hueco de sentido humanista y despreciaron ese nuevo género literario. Y ha sido preciso que los aprendices recojamos con manos inexpertas los instrumentos abandonados por ellos e intentemos dibujar torpemente los primeros bocetos de un arte que ellos glorificarán después. Mi *Yo, rebelde* —plasmación de la farsa lírica de las rebeldías juveniles—, como *Aventura*, el poema de la juventud y la Revolución, muy próximo a publicarse, y *Gesta* —historia de un luchador—, que le seguirán después, significa unas pinceladas preliminares en una tela todavía virgen de pinturas. Hace falta crear una novela que, inyectada de contenido social, sea a la vez netamente juvenil, por y para los jóvenes, compuesta en un estilo ágil, luminoso, prieto, nervioso, en la cual las imágenes y situaciones acudan enjutas y plásticas, suavemente románticas y siempre vibrantes y optimistas a llenar los intervalos libres en la trayectoria del hilo ideológico central.

Mi *Yo, rebelde* y las novelas que constituirán mi futura obra literaria que acometo con todo entusiasmo, se orienta en esa dirección. Mi literatura será siempre una espada al servicio de la juventud. Esa juventud libre y fuerte, sana y heroica que será la vanguardia del mundo nuevo, y a la cual hay que alentar, preocupar, aleccionar y dotar de un sentido idealista y abvegado para que marquen con sus gestos so-

bríos y creadores pautas inmortales para lo futuro. Al servicio de ellos salta ágil y henchido de ilusión al ruedo literario mi *Yo, rebelde*. Pero además, soñamos con incitar a hombres más preparados para esta faena que nosotros, a crear una literatura juvenil nueva. Novelas que reemplacen la vieja trama rápida con los hilos sucios del erotismo de alcoba y la intriga frívola por la pintura luminosa de la moderna juventud y sus problemas. Novelas que reflejen el vaivén de la vida juvenil, la vibración idealista de la misma, sus caídas sangrientas al chocar contra los escollos de la áspera realidad, y que sobre todo eduquen a la nueva juventud en la lucha heroica sin desalientos ni desmayos, por alcanzar un mundo mejor y un nuevo orden social, titilante de luceros fraternales y aureolado por soles de justicia.

El prólogo de esa nueva tónica juvenil lo hemos vivido en estas jornadas, que yo he plasmado al final de mi novela, con un sentido que no es de profética videncia, sino de anticipación lógica a la cristalización revolucionaria que sobrevendría como consecuencia de la atmósfera saturada de rebeldía que se respiraba en España desde hacía varios años. Mi *Yo, rebelde*, al igual que *Aventura*, representan la plasmación en el plano individual de esa suprema energía, fontana inagotable de la Historia. Para lo cual utilizo en ambas novelas situaciones y personajes reales sobre los cuales he proyectado ese viento de inquietud común a toda nuestra generación. Excepción hecha del protagonista, cuyo carácter es simbólico y encarna muchas vidas condensadas en una sola, los demás personajes están pinzados de la realidad y cubiertos de un leve barniz literario. María del Carmen sigue paseando por las calles de Barcelona su rubia cabellera y sus hombros vigorosos, hoy un poco abrumados por la magna pesadumbre de su actual conflicto espiritual. Fredes, ebria de entusiasmo, desarrolla una ardiente labor revolucionaria en los medios proletarios. Acaso algún día escriba la segunda parte del *Yo, rebelde*, y narre la nueva historia de estas dos muchachas que hoy contemplo en su fase de purificación en el crisol revolucionario. Ambas han elogiado la pintura que de ellas hice en mi novela, aunque han criticado severamente ciertos rasgos de carácter que les atribuyo y que ellas con femenina terquedad se obstinan en no reconocerse, lo cual ha motivado muchas amistosas polémicas entre nosotros. Al cabo de los meses transcurridos desde su publicación, el careo con mi novela, tan modesta en sus pretensiones como henchida de buena voluntad, me confirma en mi deseo de continuar una tarea literaria que se desarrollará de cara a la juventud para despertar en ella, en mis futuras novelas, los valores excesos del optimismo creador y la sana alegría revolucionaria, la risa triunfal del amor, el anhelo de forjar una civilización nueva y, al propio tiempo, desplegar ante la generación madura la pancarta de nuestra vida sentimental y nuestras luchas por los ideales humanistas.

Porque, quierase o no, la Historia lo proclama de modo inexorable: Si la Revolución desea consolidarse ha de hacerlo sobre pilares juveniles. Podrán sobrevenir peligros y riesgos para nuestro glorioso movimiento. Pero en el penúltimo instante, la juventud dirá, como siempre, la última palabra.



AY un sello especial que reduce a un común denominador a todos los hombres que, obedeciendo a una irresistible vocación, se consagran a una actividad espiritual. El poeta se confunde con el sabio en el desinterés, en la imprevisión, en la ineptitud para tratar con las personas normales en nuestro mundo de mercaderes. Son presa fácil para los

que sólo ven en cada obra la posible ganancia. Crean por el placer de crear y no conciben la vida si no es para invertirla en la creación fecunda. El provecho que su labor puede rendir no les interesa grandemente.

Conviene no confundir. Así como no es poeta todo el que compone versos, tampoco es hombre de ciencia quien a la ciencia se consagra. No es poeta quien escribe poemas con la mira puesta en la obtención de la ganancia, ni es hombre de ciencia quien con la ciencia comercia. Cuadra mejor a esos individuos la denominación de mercaderes. El verdadero hombre de ciencia es el que a solas consigo mismo, en el interior de su laboratorio, se absorbe por completo en sus investigaciones y experiencias, sin que le anime otro propósito que el de despejar una incógnita más del sistema de educaciones de lo desconocido, o el de aplicar de una manera nueva las fuerzas que otros sabios investigaron y aplicaron. Para éstos la vida no tiene más que un sentido: la labor fecunda. Y jamás sueñan con otra gloria que la de invertir bien sus actividades. Los otros, los que sólo se mueven impulsados por el móvil de la ganancia, lo mismo actuarían en el comercio que en el laboratorio o en la cátedra. No tienen espíritu de apóstoles. Su categoría moral no ha rebasado el nivel que corresponde al comerciante.

A la noble estirpe del hombre de ciencia, tal como nosotros le concebimos, pertenece por derecho propio Eduardo Branly, el padre de la telegrafía sin hilos.

Eduardo Branly nació en 1846, en Francia. Desde muy joven se sintió atraído poderosamente por el estudio de los fenómenos físicos y químicos. Hace estudios. Consigue una plaza de director en el laboratorio de la Sorbona, en París. Su maestro, que tiene interés en casarle con su hija, le prepara en Suiza, con motivo de un viaje que hubieron de realizar juntos para asistir a un Congreso, una especie de emboscada. Le encierra con su joven hija en una habitación, esperando que ocurra algo entre ambos que no tenga otra reparación discreta que el matrimonio. Pero Branly ama mucho más la ciencia que la mujer y no ocurre nada, excepción hecha de que tuvo que abandonar su plaza de la Sorbona.

El abate D'Hults le propone instalar un laboratorio y le ofrece una cátedra en el Instituto Católico. Acepta ambas cosas y reanuda su labor paciente y sistemática, tan modesta como fructuosa.

Las comunicaciones inalámbricas le preocupan seriamente. Hace estudios profundos, realiza investigaciones. Por fin, allá por el 1889 ó 90, obtiene los primeros resultados satisfactorios. En su pobre laboratorio de la rue Vaugirar, en París, realiza unas experiencias que pueden presentarse como definitivas. En la habitación o gabinete de trabajo del sabio, instaló un circuito compuesto de un elemento Daniell, un galvanómetro y un tubo con limaduras de hierro, que vino a constituir lo que podríamos llamar primer receptor sensible. Las chispas eléctricas se producían en otra habitación separada de la primera por otras tres. Entre el aparato emisor y el receptor no existía unión material alguna y, no obstante, cada chispa del emisor influía sobre la limadura de hierro y el galvanómetro acusaba una desviación.

Aquello era el germen, el punto de partida de la T. S. H. Branly se propone realizar el experimento al aire libre. Provisto de los elementos indispensables parte hacia la costa de Normandía. Instala su emisor en una pequeña y tranquila playa y sube a una barca con el receptor. Su intención era poder medir la longitud de la onda. Pero un guardacosta se inquietó al observar sus manipulaciones, dió cuenta al comisario de policía y éste no se paró en barras: detuvo al sabio, confiscó su material y le impuso veinte francos de multa...

De todos modos, el experimento estaba hecho y la telegrafía sin hilos podía darse por descubierta. Pero Branly no tiene espíritu de industrial. Es un sabio modesto, callado, que no concede una importancia extraordinaria a sus investigaciones, que no sabe cultivar el autobombo, que se avergonzaría si se supiera capaz de un simple gesto de inmodestia. Sus investigaciones se conocen. Se les ha dado publicidad presentándolas como una curiosidad científica. Estas investigaciones sirven de base a Marconi para negociar su invento, y en 1899 hace las pruebas definitivas de radiotelegrafía entre Douvres y Wimereux. Branly sólo ha recibido por sus trabajos un telegrama que el día de su triunfo le envió Marconi, concebido en los siguientes términos: «Marconi saluda respetuosamente a Branly, cuyos trabajos prepararon, en gran parte, este resultado.» Pero la gloria y el provecho de la invención han correspondido por entero al ingeniero italiano, que no es precisamente un hombre de ciencia en el sentido romántico que nosotros damos a esa palabra.

Branly continúa trabajando. Acaso le ha herido vivamente que otro haya aprovechado el fruto de su labor y viva y triunfe mientras él no dispone ni de los suficientes elementos para seguir laborando con éxito. Pero su vida está en el trabajo. Por el placer de crear ha renunciado a todo. Ni ha dedicado tiempo al amor, ni a la

amistad, ni a los pequeños placeres de la existencia, ni a la conquista de una posición holgada, ni a nada que no sea experimentar y crear. Continúa laborando. El premio verdadero lo obtiene en la satisfacción que resolver problemas le proporciona. Dentro de su modesto laboratorio es una especie de dios. Allí olvida todas las miserias, se mueve a sus anchas, se considera feliz. Poco importa que el mundo ignore su existencia y que otros se adornen con el resultado de su incesante laborar. Lo que interesa es crear, invertir bien el tiempo, prodigarse en una labor útil. Obrero de la ciencia, a ella se ha consagrado por entero y no espera de esa consagración ni renombre ni fortuna. ¿Para qué le serviría? Únicamente lamenta en determinados momentos que la falta de elementos le impidan desarrollar con positivos resultados y con absoluta garantía los innumerables proyectos e ideas que bullen en su mente.

Tras sus experiencias para resolver el problema de la T. S. H. se ocupa de la televisión, también con éxito. Branly encontró el medio hace más de cuarenta años de reproducir las imágenes a distancia por la electricidad. Naturalmente las experiencias de laboratorio se realizaron a satisfacción, mas como al modesto sabio le faltaron siempre las condiciones de negociante que adornan a los inventores a la moderna, sus ensayos no han podido industrializarse y el descubrimiento no se registrará seguramente a su nombre como no se registró tampoco el de la radiotelegrafía.

A Eduardo Branly le cabe la satisfacción de haber empleado bien su tiempo. La física y la química le deben felices aplicaciones y serios avances. No suena su nombre lo que debiera sonar, y ello es una injusticia que algún día será reparada. Tampoco ha sacado a su incesante laboriosidad el fruto que sacaron de ella los que explotaron sus descubrimientos. Pero Branly no es un industrial. Es un investigador desinteresado que halla satisfacción cumplida en el placer que la investigación le proporciona. Lo lamentable es que por no disponer de los medios necesarios ha tenido que renunciar al experimento de muchas cosas que hubieran revertido en beneficio de la sociedad toda.

De su desinterés y de su amor a la ciencia habla elocuentemente su vida toda. Hay, sin embargo, un hecho que le retrata de cuerpo entero.

Ya cumplidos los ochenta años, se le hizo un homenaje de esos que más que a glorificar al sabio tienden a liberar a la sociedad en que vivieron de la negra mancha de la ingratitud. Un potentado, mister Coty, tuvo el rasgo de ofrecerle una subvención que le pusiera en los últimos años de su vida al abrigo de las privaciones, y Branly, según confesión propia, no sabiendo qué hacer de aquella subvención, pidió que le instalaran un buen laboratorio para seguir trabajando e inmediatamente se dedicó a la tarea de experimentar aplicaciones que cuarenta años antes tuvo que arrinconar por no disponer de los elementos indispensables para realizarlas.

Eduardo Branly. Sabio modesto y obscuro. Con sus investigaciones se han hecho millonarios individuos de presa que ni siquiera le dejaron la gloria de sus descu-

brimientos. A los ochenta y un años, olvidado de todos, pobre y solo, labora aún en su laboratorio, en cuyo recinto olvida o trata de olvidar la ingratitud de los hombres y busca compensación a sus amarguras en el placer de crear. Imagen viva del sabio desinteresado que el mundo ignora porque todavía privan en él los charlatanes y los mercaderes. Ejemplo de desinteresado amor a la ciencia que no vacila en sacrificarlo todo: gloria, amor, fortuna, a la noble misión de pasar por el planeta dejando una huella profunda de su paso. Ante figuras así se siente uno orgulloso de ser hombre y acaricia las más halagadoras ilusiones respecto a lo por venir. Figuras de apóstoles, de sacerdotes de la noble y limpia religión del trabajo que todo lo crea y magnifica y que hará de nosotros dioses, o superhombres, si os es más grato este apelativo.

La noble inversión que Branly ha dado a su energía y a su tiempo resulta conmovedora. Su capacidad de trabajo es admirable y su perseverancia casi no tiene parangón. Pero lo más destacado en él es su desinterés, su total entrega a la actividad creadora. No se le puede imputar que con sus trabajos e investigaciones buscara el renombre o la fortuna, o las dos cosas a la vez. El no fué jamás un exhibicionista ni un hombre práctico en la acepción que da el vulgo a esa palabra. Investiga, medita, explica, experimenta y resuelve, sin cuidarse de obtener para sí el menor provecho en ningún sentido. Cuando se le dice que ha tenido una idea genial se encoge de hombros y replica que aquello pudo ocurrírsele a cualquiera. Sabe que todo descubrimiento no es sino un eslabón de una cadena sin fin que se engarza y tiene su punto de origen en

otros descubrimientos y será a su vez punto de partida de descubrimientos sucesivos. Si acaso ve algún mérito en sus trabajos



Branly y su magnífico laboratorio

Exaltación de las "fobias"



El mundo está pendiente de un perro hidrófobo que, a pesar de hallarse recluido en su país, ha mordido ya a varios de la misma especie y de otras localidades, por lo que cada día se va extendiendo más esta epidemia. No basta que traten de aplacarlo algunas personas timoratas que se exceden en sus mimos, porque mientras más atenciones le tienen más furioso se pone el animal. Y en cuanto aúlla, suele dar principio un desconcierto de canes rabiosos que atruena el espacio.

Este es el fenómeno de actualidad que más sensación causa a los mortales. Diríase que la humanidad se halla aterrorizada por estos ladridos a deshora, que vienen a presagiarle fieros males. Sobrecogida por la angustia de un próximo cataclismo, no se atreve a lanzar unos cuantos gritos que sean la prueba de que aun vive, o a dar autorización a los laceros para que empuñen la captura de esos peligrosos animales.

Dícese por lo general que perro ladrador nunca muerde; pero en estos casos que se han presentado, las mordeduras suelen preceder a los ladridos. Y nosotros, los españoles particularmente, a los que se nos ha tomado como ejemplares de experimentación, conocemos ya los desastres producidos por la enfermedad del día.

Este morbo terrible penetra en todos los organismos y provoca un estado tal de irritabilidad, que cada cual cree ver en otro la causa de sus desgracias. Es difícil toparse con un ser equilibrado, sano, al que no le brote el virus conta-

gioso por todos los poros y que haga lo posible por mantenerse apartado de la infección.

La plaga cunde y adquiere formas cada vez más resistentes y más variadas. Hasta personas que pertenecen a la misma familia se miran con recelo y después se atacan, como si hubieran de saciar en el choque todos los odios retenidos por la educación y por las conveniencias sociales.

¿Puede alguien asegurar que haya individuos o colectividades o naciones que se encuentren a la hora actual conformes con la suerte que les ha tocado? Se hace en el mundo tal derroche de injusticias que cuando una acción meritoria no ha terminado aún de manifestarse, ya está cambiada de tal modo que nadie podrá reconocerla.

Y es que caen en el océano de los intereses particulares todas las ideas de redención social que los pocos iluminados derraman sobre la especie, que alardea de ser la más inteligente de la creación. Pero se empeñen o no los defensores de la racionalidad, cada día ésta va cediendo más a la fuerza bruta. La verdad, la lógica y el equilibrio no suelen encontrar terreno abonado entre las muchedumbres. Y la cobardía innata en los hombres, el miedo a perder la vida vegetativa, a desprenderse de una existencia que se desea colmada de placeres materiales, ha hecho levantar a los unos contra los otros en una incesante y sangrienta colisión de crímenes y de rapina.

Por mucho tiempo todavía los seres racionales habrán de arrastrar esta cruda existencia, plagada de envidias y de rivalidades, mientras no les penetre en un rayo de luz cegadora la idea de que para llevar a la práctica la buena armonía entre los seres humanos es necesario que cada cual se desprenda de egoísmos personales, en provecho de la comunidad.

Mas de poco pueden servir las bellas concepciones de igualdad y fraternidad si no se practican con el ejemplo, empezando por nosotros mismos.

lo atribuye, desde luego, a la casualidad y a la paciente labor de todos los días y de ninguna manera supone que ello sea merecedor de especiales distinciones.

Es verdad que no se concebiría a Branly de un modo distinto a como realmente es. Un hombre que atraído por el estudio renuncia sin esfuerzo y sin sacrificio a todo lo que para los demás constituye la razón de ser de la existencia, no puede ser sino lo que Branly ha sido. Si hubiera orientado sus actividades en el sentido de conquistar la fama y el dinero, con toda seguridad su vida habría sido infinitamente menos fructuosa y carecería del sello de nobleza que la singulariza.

Lo doloroso es que ni siquiera disponga un hombre así de los elementos necesarios para que sus aptitudes, su vocación y su capacidad de trabajo den el máximo rendimiento y se vea

obligado a renunciar a muchos experimentos, unas veces por falta de medios adecuados y otras porque los pequeños problemas del diario vivir desvían su atención hacia distintos derroteros.

De todos modos, Eduardo Branly nos ofrece un bello ejemplo: el del hombre que se consagra en cuerpo y alma a una actividad útil, e indiferente a todas las pequeñas miserias que le rodean sigue en línea recta su camino, creando, investigando, sembrando luz, procurando a la humanidad medios para que la vida le resulte cómoda, limpia, feliz, clara y libre. En este sentido, los sabios a lo Branly han hecho más por la felicidad y por la libertad humanas que todos los ideólogos y teorizantes. A ellos debemos, en fin de cuentas, que la sociedad se organice de modo que ninguna actividad se pierda y ninguna vocación se malogre.

Manifestaciones normales del impulso sexual



UE el impulso sexual se manifiesta en el hombre y en la mujer con marcadas diferencias, es un hecho que no puede pasar desapercibido aun para el observador lego e ignorante de los intrincados problemas sexuales. ¿En cuál de los dos se manifiesta con mayor fuerza e intensidad? ¿En cuál de los dos juega un papel más importante y

decisivo en su vida emotiva y «espiritual»? Preguntas son éstas que han sido debatidas extensamente en estos últimos años.

En este corto ensayo he tratado de resumir los resultados y datos aportados por las investigaciones más recientes en diferentes campos de la ciencia: antropología, fisiología y biología. Es hoy generalmente admitido por los sexólogos que el impulso sexual se manifiesta en el hombre de una manera más agresiva, más material y más sensual que en la mujer.

Los preliminares del juego amoroso —besos, caricias y abrazos— tienen para el hombre un papel secundario y no son estrictamente necesarios para gozar del coito; por lo tanto, a menudo los omite, o abrevia el preludio amoroso con marcado detrimento para la mujer. Si los dardos de Cupido llegan con más dificultad al corazón de la mujer, también sus heridas son más difíciles de cicatrizar. Con razón escribió Lord Byron:

*Love is of Man's life a thing apart
It's woman's whole existence (1).*

La mujer vive para amar y para ser amada. Puede decirse que el amor es a la mujer lo que el oxígeno es a la vida. El amor al amante es transferido al hijo, purificado y aumentado. Los romanos entregaron a la mujer (las Vestales) el cuidado y protección del Fuego Sagrado, conocedores sin duda de que la Naturaleza había confiado a la mujer el cuidado de otro Fuego más Sagrado que el guardado por las Vestales: el «Fuego» de la Vida. Es natural, pues, que el impulso sexual esté en la mujer más supeditado a sus consecuencias biológicas que en el hombre. Estas características psicológicosexuales tienen sus bases en diferencias fisiológicobiológicas.

En el hombre la libido (impulso sexual) está más localizada en los órganos; por consiguiente,

la tumescencia (erección) de dichos órganos es casi inmediata. La más ligera excitación o estímulo recibido por cualquiera de los cinco sentidos y por la imaginación, es a veces suficiente para producir la tumescencia para el coito. Es decir, el hombre puede llevar a cabo el coito en cualquier momento, gozar de él y quedar satisfecho sin haber pasado por ninguna preparación o preludio amoroso.

En la mujer, la libido está difundida por todo el cuerpo, manifestándose especialmente en las zonas erógenas, los labios, el cuello, los pechos, la vulva, especialmente el clitoris. Es cierto que la mujer también puede llevar a cabo el coito sin ninguna preparación, pero si tal hace, es raro que pueda quedar satisfecha y alcanzar el máximo de placer a que tiene derecho. En la mujer, debido a la mayor complejidad de su mecanismo nervioso, la difusión de la libido y la posición anatómicofisiológica de los órganos sexuales, la tumescencia es mucho más difícil y lenta en adquirir. La mujer es como un arpa, cuyas cuerdas debe el hombre saber tocar si quiere arrancar de ella sonidos de amor y de placer en vez de notas discordantes.

Havelock Ellis ha hecho una minuciosa y extensa investigación de la naturaleza y manifestación del impulso sexual en la mujer, encontrando las siguientes diferencias con el impulso sexual del hombre:

- 1.^a El impulso sexual de la mujer muestra una pasividad externa mayor.
- 2.^a Es más complicado, menos fácilmente autoiniciado, necesita más estímulo externo y sus órganos se desarrollan más despacio que en el hombre.
- 3.^a Desarrolla su completa potencia sólo después del comienzo del intercurso sexual.
- 4.^a El punto después del cual comienzan los excesos es alcanzado más difícilmente que en el hombre.
- 5.^a El deseo sexual espontáneo se manifiesta más periódicamente.
- 6.^a El impulso sexual exhibe en la mujer mayor variabilidad.

La libido se manifiesta en el hombre antes que en la mujer. Un joven de quince años, generalmente posee una libido completamente desarrollada con erecciones poderosas y un fuerte deseo por el coito. En la mujer de esa edad, la libido (si no ha sido anormal o artificialmente estimulada) no ha despertado todavía y a menudo no se manifiesta en toda su plenitud hasta los veinte o veinticinco años. En gran número de mujeres, la libido queda en estado latente hasta que es despertada por las caricias del amante. El joven se convierte en hombre espontáneamente; es decir, su período de pubertad es corto y la libido florece como una flor que no necesita los cuidados del jardinero. La niña no se convierte en mujer tan fácilmente; su período de pubertad

(1) *El amor es una cosa aparte de la vida del hombre
Es toda la existencia de la mujer.*

es más prolongado y laborioso. Con razón se ha dicho que la niña es convertida en mujer por los besos del amante. La libido de la mujer es como una flor delicada que sólo puede florecer óptimamente bajo el amoroso cuidado del jardinero y se seca sin sus cuidados.

Es cierto que la mujer, de la pubertad en adelante, experimenta una atracción hacia el hombre y siente deseos de ser besada y acariciada (sentimientos que generalmente el hombre interpreta erróneamente), pero el deseo específico del coito está casi siempre ausente y a menudo no aparece hasta después del casamiento. Es más, el hombre puede con su actitud acelerar o retardar y hasta matar el deseo del coito y convertirla en un pedazo de hielo. En la mujer, la libido se manifiesta en ciclos más marcados que en el hombre y su aparición no siempre corresponde con los deseos del hombre. La ignorancia de este hecho, a menudo perjudica el éxito y la felicidad del matrimonio y causa desavenencias entre los cónyuges. Estos ciclos son influenciados y algo modificados por el clima y el temperamento de cada mujer, pero es admitido que generalmente se manifiestan en el período postmenstrual. Cada esposo debe estudiar a su esposa y tratar de armonizar con sus ciclos eróticos; esto redundaría en beneficio de ambos. Algunos sexólogos mantienen que tal periodicidad erótica no es ajena al hombre y que en un buen número de ellos la libido alcanza un ciclo de diez a catorce días. Pero no son raros los hombres cuyo ciclo es una semana y hasta diario. El clima, el temperamento, la alimentación, la edad y el método de vida juegan un papel importante y modificador.

Antes que Freud enfocase la lámpara psicoanalítica sobre el comportamiento psíquico de ciertos casos patológicos, era generalmente admitido que el impulso sexual era completamente ajeno al niño. Buscar en el niño las más leves manifestaciones del impulso sexual o acusar al infante de la más remota relación con la actividad sexual, era blasfemar contra la inocencia y pureza angelical del niño. Las teorías de Freud han sido confirmadas en parte y sus exageraciones criticadas con lógica irrefutable. Como es común cuando un individuo descubre alguna teoría que parece explicar ciertos problemas hasta entonces oscuros, el entusiasmo, a menudo, arrastra al descubridor haciéndole perder de vista otros factores no menos importantes. Así pasó Freud al otro extremo y comenzó a ver todos los actos del niño y del adulto a través de sus lentes coloreados por el sexo. Para la escuela freudiana, todo acto tiene, hasta el más trivial, su significado sexual escondido. Esta exageración y omnipotencia y omnipresencia de la libido, es puramente especulativa y caprichosa y la interpretación de dichos actos varía aun dentro de los discípulos de Freud. A pesar de las exageraciones, Freud ha traído ciertos beneficios, pues ha demostrado la tradicional ignorancia de que en el niño yace latente la libido, cuya ignorancia ha sido un obstáculo a la guía y dirección del niño en sus primeros pasos de su vida sexual y así encauzar por los canales normales las primeras y más inocentes manifestaciones del impulso sexual. Ignorar o hacer mal esta labor educativa puede producir dolorosas consecuencias en años posteriores.

El desarrollo y madurez de las gonadas envía

a través de la sangre las hormonas mensajeras del sexo, y su presencia hace estremecer el organismo entero ante la vista de una mujer o aun al recuerdo de ella. La pubertad representa el comienzo de las hostilidades entre el individuo y la sociedad, y entre la mujer y el hombre, y aun entre el hombre y sus deseos. La pubertad plantea sobre el tapete el viejo conflicto entre el deseo sexual animal, egoísta y utilitario, y los diques que la sociedad ha erigido para controlarlo y encauzar sus energías por determinados canales. Ante esos diques, el impulso sexual reacciona de la manera más variada. En algunos casos, retrocede y se desliza por goteras subterráneas, reapareciendo en formas dinámicas completamente distintas, como el misticismo y el fervor religioso. En otros se desborda por encima de esos diques poniendo al individuo en abierto conflicto con la sociedad y aun rompiéndolos a veces con funestas consecuencias para el individuo. Otras veces se manifiesta en formas patológicas perjudiciales al individuo y la sociedad. La historia del control del impulso sexual está íntimamente ligada al desarrollo religioso, una desgracia que muchos no realizan y de la que nos ocuparemos en otro ensayo.

Cuando el impulso sexual es fuerte y viril, el hombre lo arriesga todo, incluso la vida, para satisfacerlo. En esto hace como todos los animales, con la diferencia de que éstos no encuentran otros obstáculos que los que la hembra u otro macho más fuerte puede oponer, con la ventaja para la hembra de que ésta no puede ser violada como la mujer. Otra diferencia notable y ventajosa es que entre los animales el ardor y agresividad del macho es frenado por la hembra hasta que ésta alcanza el pináculo de la tumescencia necesaria y los órganos sexuales se encuentran en estado óptimo de acción y recepción para coronar el coito con el éxito de la fecundación. La conducta y resistencia temporal de la hembra hace que el coito vaya precedido de un período preliminar de preparación compuesto de juego, lucha, resistencia real o fingida, que más que otra cosa enardece y aumenta la pasión y la consiguiente actividad muscular que también contribuye a poner el macho en un estado máximo de tumescencia y eficiencia sexual. Todo esto es admirablemente pragmático o utilitario y conducente al objeto biológico del sexo: la fecundación de la hembra y la reproducción y conservación de la especie.

El matrimonio entrega la mujer en manos del hombre haciendo el coito demasiado fácil, robándole así mucho de su romance, intensidad y placer, especialmente psicológico, y convirtiendo en algo prosaico lo que antes era considerado como un acontecimiento heroico, sublime y difícil de conseguir. Tal vez aquí está la razón de muchas infidelidades conyugales, desavenencias y divorcios. Otro aspecto crítico del matrimonio es que hace posible la más amplia expresión del egoísmo y brutalidad sexual del macho. Me atrevo a afirmar, aunque muchos se horroricen, que en un crecido número de matrimonios la esposa no está por encima del nivel de la prostituta. Forzada por una sociedad injusta y una moral hipócrita e ignorante de la naturaleza del impulso sexual a sufrir las caricias y atenciones sexuales de un hombre que a menudo detesta, cargada de hijos que no ha deseado y mal pa-

gada, su vida no tiene nada de envidiable y es mucho peor que la de las hetairas.

Por regla general, el hombre no busca en el coito más que la gratificación de su pasión y el alcance de su goce, sin importarle un comino el goce y gratificación de la hembra y ejerciendo sobre ésta una tiranía sexual cuyos efectos perjudiciales sufren ambos en un grado desconocido para ellos. Con la agravante que el marido generalmente cree que no hace más que cumplir con su deber como marido y como hombre. El también es víctima de las creencias estúpidas y perniciosas que le han sido inculcadas en la iglesia, en el club o en la taberna.

Hasta hace poco, a la pobre mujer no le quedaba otro remedio que callar y sufrir en silencio la tiranía sexual del macho. ¿Acaso la bendición del sacerdote no había santificado la unión y atado los cónyuges con lazos indisolubles y eternos? De este modo liberó la Iglesia a la mujer, sentenciándola a cadena y prostitución perpetua. ¿Cabe mayor ironía? Afortunadamente el divorcio va ganando terreno y haciéndose más fácil, pese a los eunucos hipócritas que hicieron votos de una castidad que generalmente no pueden cumplir, y no está lejano el día en que esa esclavitud será una reliquia histórica y un borrón en el escudo del hombre.

Otra fuente de miseria y sufrimiento para la mujer es la brutalidad y rudeza con que a menudo el hombre ejecuta uno de los actos más importantes de su vida. La brutalidad y rudeza que a menudo acompaña al coito, con frecuencia deja en la mujer no el recuerdo dulce y la sensación placentera que debiera dejar, sino un recuerdo amargo y difícil de borrar, un trauma y una herida en su sistema nervioso que se interpone entre los dos cónyuges, una barrera creciente a su felicidad. De ahí que el primer coito, que más que la bendición del sacerdote o las palabras del juez debiera sellar la unión con un placer indeleble y fundir en uno dos cuerpos y dos «almas», sólo funde los cuerpos y aleja las «almas». Y cada coito que le sigue, en vez de ser un eslabón más en la cadena que los une, es un pedazo de hielo que enfría el amor. El hombre debe tener en cuenta que los órganos genitales de la mujer, especialmente en la virgen, son muy delicados, sensitivos y susceptibles de ser lastimados y que su sistema nervioso es también más fácil de ser herido. Un poco de tacto y de dulzura le ayudará a franquear los escollos que amenazan la nave del matrimonio. Ya es hora de que el hombre comprenda que no nace enseñado en cuanto a la técnica de las relaciones sexuales se refiere, y que sólo el estudio y comprensión de la mujer en sus dos aspectos, «espiritual» y fisiológico, lo llevará hacia una armonía y acercamiento que se traducirá en una felicidad por él no soñada. Hay que tener en cuenta que entre los humanos, el coito ha alcanzado un valor psicológico y «espiritual» completamente desconocido entre los animales, produciendo, por consiguiente, consecuencias y efectos sociales exclusivos a la especie humana. Por lo tanto, es estúpido y dañino el degradar el coito a un nivel puramente animal. La religión cristiana trató de estrangular el impulso sexual, pero al encontrar un enemigo mucho más fuerte de lo que creía, reconoció su impotencia en lucha abierta y trató de sojuzgarlo con una larga serie de decretos morales y seculares. Ig-

norantes tanto la Iglesia como el Estado de la naturaleza del impulso sexual, era lógico que cometiesen los trágicos y colosales errores que han cometido, cuyas desastrosas consecuencias estamos sufriendo todavía. A pesar de esto, no quieren reconocer su equivocación. Sólo la ciencia tiene el derecho a aconsejar y a enseñar, pero no en nombre de la moral ni de un dios mítico, bajo la amenaza de castigos eternos, sino en nombre del bienestar y mejoramiento del individuo y de la raza.

Para el hombre y la mujer, el coito es algo más que un acto puramente fisiológico, cuyo único objetivo es la reproducción de la especie, como sucede en los animales. Como ya he apuntado antes, el coito ha adquirido ciertos valores psicológicos que puede decirse hacen necesaria su ejecución sin tener otro objetivo que el placer y la unión de dos seres amantes. Sabia y moderadamente usado, el coito constituye una fuente de placer, un tónico fisiológico y mental, una cadena cuyos eslabones forjados al calor de la carne saltan chispas de amor que guían la nave del matrimonio, a través de los escollos, hacia el puerto de la armonía y la felicidad.

En resumen: puede decirse que el hombre representa el elemento agresivo y dinámico. Su papel en la Naturaleza es el de sembrar la simiente en tierra fértil. Su naturaleza polígama ha sido y es todavía una fuente de conflicto y dolor para la mujer. De ahí la necesidad de una autodisciplina que frene su pasión abrasadora. Y no es que la mujer sea fría, como las apariencias parecen indicar; nada de eso. La mujer siente con tanta o más intensidad que el hombre, pero tiene más dominio sobre su líbido por dos razones: una, debido a su educación; desde pequeña se le ha inculcado la necesidad de disminuir y ocultar sus sentimientos y frenar sus deseos; otra, su constitución fisiológica hace también posible este control. La menstruación, la preñez y la lactancia, son fenómenos fisiológicos que privan sobre el impulso sexual por un período de tiempo.

Si se me permite la metáfora, diría que la mujer es un templo cuyo *sancta sanctorum* es el útero. Todo en la mujer gira alrededor de este «cáliz», repositorio del verdadero «pan de vida»; todos los fenómenos fisiológicos están supeditados, sirven y protegen ese órgano maravilloso en el cual todos hemos entrado como una masa minúscula e informe y hemos alcanzado nuestra forma humana en esa morada paradisíaca en el espacio de nueve meses. Por eso el impulso materno es más fuerte que el impulso sexual, tan fuerte que el secreto del éxito de la mujer en el matrimonio está en saber ser amante y madre al mismo tiempo. El hombre es diferente. El es el sembrador que tira la semilla; el útero —la mujer— es la tierra que la recoge, la abraza en sus entrañas, la alimenta y la hace germinar.

El día que el hombre supedita su líbido a la de la mujer, habrá dado un gran paso hacia la solución del problema sexual. Ese día marcará también la liberación de la mujer de la prostitución santificada, bajo la cual ha sufrido en silencio por muchos siglos. Empero todavía muy a menudo sufre y se somete al impulso desenfundado del esposo y señor para evitar que éste busque otra fuente donde saciar su placer y su lujuria. ¡Cuántas mujeres me han confiado que se someten de mala gana a los deseos del ma-

Simbiosis y parasitismo



LOS fuerzas principales de existencia en el orden biológico son la simbiosis y el parasitismo. La primera de estas formas, como lo indica su designación, consiste en que dos individuos de especies distintas se unen para auxiliarse en la lucha por la vida. Un caso típico en Botánica es el de los líquenes. El líquen es el resultado de la asociación de dos vegetales: algas y hongos. El hongo suministra al conjunto simbiótico la humedad necesaria para vivir; mediante este suministro el alga puede elaborar las sustancias nutritivas que requiere la planta compuesta, y es así como uno aportando la materia prima, la otra elaborándola, el líquen lucha ventajosamente en el medio poco propicio de las regiones áridas. Se cita también, como caso de simbiosis, el de ciertos gusanos que viven en el desove de los crustáceos; aquéllos se alimentan con los huevecillos descompuestos, y nunca de los fecundos. De esta manera el gusano halla su alimento eliminando sustancias putrefactas que provocarían la descomposición de la freza (los hueveci-

rido, y aun fingen un placer que no sienten! En realidad, el coito, para ellas, en determinados momentos, es más bien repulsivo y aun psíquicamente doloroso. Y el hombre, egoísta y sensual, sigue ciego sin hacer un esfuerzo para comprender a su compañera y armonizar con ella sus deseos. Mientras la mujer, por miedo a una cosa u otra, tenga que entregarse al coito sin realmente desearlo, el hogar será una casa de prostitución y la mujer una prostituta. ¿Que el marido no paga al terminar el acto? No importa. Paga al fin de semana, y la mujer se vende y se prostituye. Todo hombre consciente debe poner término a este estado de cosas.

Una vida racional basada en los principios naturalistas es la mejor garantía para la manifestación normal y sana del impulso sexual, libre de excesos nocivos para ambos.

Bueno será apuntar aquí que el amor es algo aparte del impulso sexual, pese a la noción popular, que confunde la pasión sexual con «hacer el amor». Pero de este tema nos ocuparemos al hacer el análisis de la naturaleza y origen del impulso sexual en un próximo ensayo.

Usemos el impulso sexual, pero no abusemos de esa fuerza tan potente, si no queremos quemarnos y ser destruidos, como la mariposa se quema en la luz, que sólo debiera guiarla.

llos); esto es: adquiere los medios de subsistencia por el servicio higiénico que presta al crustáceo, con el cual lleva existencia simbiótica.

Bien puede observarse en estos fenómenos la eficacia de la existencia asociada. Pero estas ventajas presuponen una condición indispensable: *la reciprocidad de servicios; el trabajo de cada uno de los elementos del conjunto.* Ascendiendo por la escala animal hasta llegar al hombre, el conglomerado es tanto más perfecto cuanto más se multiplican en él los fenómenos de simbiosis, es decir, *cuando cada elemento de la colectividad obtiene sus medios de subsistencia merced a servicios prestados al organismo del cual forma parte...* Pero no siempre suceden así las cosas...

Una segunda forma de vida que nos encontramos en Zoología y Botánica es aquella en que un animal o vegetal vive a expensas de las sustancias nutritivas elaboradas por otro. *El parásito no trabaja, no lucha; vive del esfuerzo del vegetal o animal al cual escoge para forzado huésped.* Vive en ese paraíso burgués con que soñó Cervantes, y del cual dijo: «A nadie le es necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano...» ¿Dónde ha existido, señadores de la edad de oro, como forma legal de vida, esa época en que el animal de las especies superiores haya encontrado los medios de vivir prendidos, como los musgos, en los gajos de los árboles y al alcance de un movimiento indolente del brazo?

Existe, ciertamente, ya lo hemos indicado, entre las especies inferiores, un método de vida en que basta emitir pseudópodos, como la ameba, para encontrar el *ordinario sustento.* Estas especies inferiores son variadas y numerosas. Sirvan de muestra las siguientes:

Hay parásitos protozoarios, esto es, pequeños, mínimos, despreciables por su pequeñez, pero no por sus efectos, como la llamada «entamoeba histolytica», que se aloja en el intestino y produce disenteria; los hay de mayor tamaño, como la solitaria o tenia, que alcanza longitudes mayores de dos metros. Existen otros que viven ocultos cobardemente, como el arador de la sarna, que se construye galerías bajo la piel; otros que adaptan su anatomía *para caer siempre bien,* como la pulga, que para este objeto prescindió de las alas y adoptó las patas posteriores para el salto. Uno más es el piojo, que se alimenta de inmundicias, y la nigua, esta última más molesta que dañina... De la Bacteriología citaremos únicamente al parásito de la tuberculosis, el bacilo de Koch; debemos tener presente que ataca con preferencia los organismos jóvenes, y que únicamente se acaba con él sometiéndolo a una conveniente ebullición...

Todo parásito es el tipo de un ser degenerado.—Admitido que es la función la que da ori-

gen al órgano, todos los aparatos de lucha, todos los órganos de trabajo se atrofiarían en el ser vivo que para subsistir no necesita otro trabajo, según la expresión cervantina, que alzar la mano, y el resultado de la vida parasitaria, como queda dicho, se traducirá en la degeneración del individuo que la practica. Así, de un díptero podría decirse en su elogio: «Tiene algo de ave porque tienes alas.» Hay insectos de los cuales se sospecha que alguna vez fueron bialados; sin embargo, tales bichos tuvieron por un lujo innmercido su remota semejanza con las águilas; más aún, les estorbaban las alas, y prescindieron de ellas porque encontraron más cómoda la vida parasitaria; esta es la historia de la pulga. Tal díptero degenerado —como dice torpemente la Academia Española, «díptero sin alas» (?)— no necesita tomarse otro trabajo para alcanzar su ordinario sustento que hundir en la carne fecundada las maxilas reducidas a largos y agudos filamentos...

Los parásitos no necesitan de hileras —órganos secretores de seda—, porque no trabajan, como las laboriosas arañas, en la confección de telas; no tienen un pico fuerte, como el de las aves trepadoras, porque desprecian el arte de la carpintería; no poseen las patas cavadoras del castor, porque no entienden de arquitectura, y viven, huéspedes malsanos, en las moradas que el trabajo de otros construyó; carecen de las membranas interdigitales de las aves palmípedas, porque son ineptos para navegar y descubrir nuevos mundos; no han desarrollado una faringe especial, semejante a la de las abejas, porque no queda para ellos elaborar miel, como estos himenópteros, símbolos del trabajo; están privados de glándulas secretoras de nácar, porque son, naturalmente, incapaces para producir perlas, como la meleagrina; no tienen un gran sentido del espacio —frecuentemente les basta vivir en un esputo—; no tienen ese gran sentido de la paloma mensajera, porque la noción de espacialidad incluye los términos de cima y abismo; no se adornan, como la oropéndola, ni cantan, como el mirlo, porque no saben para qué sirve lo bello... La belleza en biología, según el decir de los biólogos, es útil especialmente para las funciones de reproducción...

¿Pero es el parasitismo un fenómeno que va solamente de ciertos vegetales y de los protozoarios hasta determinados insectos? Al revisar las líneas que llevamos escritas nos damos cuenta de que más que tratar de Biología hemos presentado un cuadro mínimo de nuestras miserias sociales. Los tipos zoológicos descritos tienen un nombre en la historia de la humanidad. Individuos ineptos para la vida del taller, del laboratorio, de la cátedra o del estudio; incompetentes para la interpretación científica o estética de la naturaleza, ni tejen, ni edifican, ni navegan; no recorren el velo infinito del arcano; no bordan festones caprichosos en el brocado de oro del misterio. La verdad y la belleza, su realización mediante el esfuerzo que dignifica, son términos de un problema que no les preocupa. Viven en el seno de la sociedad como la tenia en los intestinos: de jugos que no han elaborado, de substancias que roban a un organismo, que tarde o temprano se resiente del perjuicio; viven de productos que otros adquirieron a costa de quién sabe cuántos improbos y dolorosos esfuerzos. Basta hojear la Historia para ver cómo allá,

hace milenios, un parásito social vive de la candidez del pueblo; este parásito explota el sentimiento religioso y se llama sacerdote. Vemos también cómo, andando el tiempo, se crea una religión municipal que participa de la funeraria de los egipcios, del totemismo de los australianos y del tabú de los polinesios; y el sentimiento religioso correspondiente que se llama «amor patrio» es explotado por ciertos parásitos llamados monarcas, para convertirse en seres divinos; por otros parásitos llamados industriales, para lanzar a los pueblos unos contra otros en defensa de sus mercados exteriores, y, por último, otros más que, proclamando con voces de pífano la redención de la patria —diosa desconocida— se hacen millonarios. Y si en el desarrollo de la vida diaria observamos la transmisión de los valores de uso, hallamos otro parásito que, como tal, no produce, pero que se enriquece con el esfuerzo de otros y se llama comerciante...

¿Para qué más especímenes? Será mejor recordar que las épocas teocráticas han pasado y que los dioses, convirtiéndose en polvo, son sólo objeto de la curiosidad de los arqueólogos; será mejor traer a la memoria que el sentimiento nacionalista no ha muerto, pero que un amor sin fetichismos, un amor, cuando menos más lógico, un amor que no reconoce límites políticos se extiende por el dominio de las conciencias. Sin embargo, un fenómeno desagradable se anota en nuestros días: *¡Una nueva especie de parásitos aparece! Este microbio, como el bacilo de Koch, busca con preferencia los organismos jóvenes y se enquista en las organizaciones proletarias.*

Como todo parásito, es de distinta especie de huésped. El parásito de las agrupaciones de trabajadores no es un trabajador, aunque por un hábil mimetismo lo aparenta. Merced a este mimetismo, las masas de trabajadores lo sustentan en su seno, lo enriquecen y se entregan a sus maxilas infidentes...

Esta nueva «pulex irritans» se reproduce en proporciones que deben llamar la atención de los trabajadores... Baste por hoy la tradicional pasividad del obrero. Una inmediata obra de desinfección es indispensable. Ya es tiempo de que el obrero español prescinda de la tradición que le ordena obedecer a un jefe, líder, etc. ¿Por qué seguir ciega y gregalmente, a quien sólo busca su medro personal? No importa que este nuevo amo venga con el estribillo de la redención de las masas. Palabras vacías y lugares comunes. Todo aquel que tiene un amo es un siervo que ha vendido su libertad. Por lo demás, las masas siempre serán irredentas... ¿Quién se atreve a redimir a un hato de pacientes ejemplares bovinos o a un rebaño de candidas ovejas? *El que aspira a la libertad empieza a ser, por este solo hecho, hombre libre.* Las masas —voz muy mal usada en nuestros días— son glomérulos informes. *Los trabajadores no deben formar masas, sino organizaciones conscientes de sus fines...* Para ello hay necesidad de poner en ebullición a los parásitos enquistados...

ESTE NUMERO
HA SIDO VISADO
POR LA CENSURA

Las Dictaduras nacionalistas



I

El nacionalismo como tendencia política en la actualidad no es una posición doctrinaria; es la aglutinación de prejuicios ancestrales realizada sin ningún espíritu crítico. Y de que esto sea así, ha de convenirse plenamente, a poco que se ahonden las meditaciones, sobre las llamadas Dictaduras nacionalistas que han surgido como expresiones de fenómenos políticos de postguerra, pero que no son en resumen sino reviviscencias de antiguas concepciones sobre el Estado, resultando manifestaciones episódicas de la secular amenaza antidemocrática que desde la más remota antigüedad se manifiesta sin lograr abatir el lozano y robusto germen de la libertad.

Hemos estudiado con máxima objetividad el caudal de ideas que informan las más importantes manifestaciones de esa tendencia política: el fascismo y el nazismo; y por mejor voluntad que pusieramos en ese empeño no logramos hallar otra cosa que un epitome de prejuicios absurdos, o semiabsurdos (lo que al decir de Renán tiene mayor poder de expansión a veces que la propia verdad) y un culto a la fuerza y al placer del éxito.

La «estatofilia» fascio-racista es producto de la soreliana concepción de la violencia, aunque, como hemos de ver más adelante, ha tomado en este movimiento una dirección especial. En cuanto al franco sentimiento hedonista que con tanta inverecundia se manifiesta en los caudillos del nacionalismo (1) y de donde nace el desprecio de éstos por justificar un resultado esplendoroso, contribuye a despojar al movimiento de todo contenido ético.

La lucha milenaria entre el deseo de libertad y la pretensión de ahogar ésta en provecho de las individualidades afortunadas, ha cobrado, a raíz del desequilibrio originado por la guerra mundial, un nuevo y dramático colorido. Para demostrar que el problema, despojado de todo bizantinismo debe ser reducido a los términos que acabamos de enunciar, trataremos de ahon-

(1) Basta, para justificar esta afirmación, la vida fastuosa del almirante Horthy, por ejemplo, de cuya corte se dice que supera, en ostentación, a la esplendorosa de Francisco José.

En Alemania, Von Rohen, uno de los principales lugartenientes del führer, antes de ser fusilado por éste, llevaba una vida principesca y de dudosa moralidad sexual. Mussolini mismo, que al decir de sus biógrafos, llegó a sentir las torturas del hambre antes de ser jefe de Estado, hoy vive en un palacio que ocupa una manzana en uno de los más aristocráticos barrios de Roma; estos ejemplos se pueden multiplicar hasta el cansancio, siendo Hitler, quizá a este respecto, una excepción, pues es tradicional su sobriedad.

dar en lo posible en el ideario «nacionalista» seguros como estamos de patentizar su falta de todo contenido ético, y aun de elementos conceptuales que resistan a una severa avaloración racional.

Los filósofos y el nacionalismo.—El nacionalismo no ha producido un ideólogo de pensamiento excepcional, y en esto encontramos acertado a Nitti cuando dice que el nacionalismo no ha dado nunca un teorizante eminente, sino solamente periodistas, literatos, novelistas y raramente historiadores que siempre han demostrado una completa ignorancia filosófica y sobre todo económica.

La inexistencia de una doctrina nacionalista ha de obligarnos a recurrir a través de la historia del pensamiento humano, sintetizado en sus manifestaciones más importantes, a donde podamos hallar atisbos de ideas generadoras de esa tendencia política. En esta inteligencia hemos de mencionar a Sorel, del que a menudo se habla como fautor de las actuales dictaduras de Estados.

Frecuentemente se menciona al eminente ideólogo francés como causante de la crisis actual de la democracia que sufren algunos Estados. Spengler afirma que las ideas de Sorel constituyen la principal información de Hitler. Mussolini dice que la ideología del fascismo abrevó con frecuencia y fundadamente en las mismas ideas, y por su parte, el profesor Paul Seippel, en un artículo publicado en *El Journal de Genève* sostenía que el evangelista de la violencia había influido considerablemente en la formación espiritual de Lenin y Trotsky, estando además, afirmaba, estrechamente emparentado con el imperialismo teutón.

¿Quién es este mágico creador de ideas, cuya elaboración intelectual influyera tan decisivamente en el nacimiento de los regímenes liberticidas del siglo veinte? ¿Quién es ese predicador audaz y exitoso, del nuevo y terrible evangelio? ¿Puede concebirse acaso que un mismo pensamiento sirva para gestar regímenes antipodas, cuales son el nacionalismo fascio-racista y el comunismo leninista?

George Sorel es un pensador vigoroso y original, con gran poder de seducción, a pesar de su estilo conscientemente desaliñado. Es un socialista; mejor aún, un sindicalista sincero y creador, que no buscó honores y que murió exilado. De su profusa biografía, la obra que alcanzó mayor boga, por ser acaso la que mejor define su ideología y su temperamento, es aquella titulada *Reflexiones sobre la violencia*, libro tan jugoso y pletórico de ideas como horro de prejuicios.

Sorel es posiblemente uno de los pocos marxistas auténticos (1), que no ha medrado con las

(1) Esto sea dicho con perdón de los ortodoxos de la dialéctica marxista, como Jorge Plejanov y otros, que consideran la ideología de Sorel como artículo de arqueología social.

ideas del judío rebelde ni aprovechado de «la industria marxista». En realidad, el ideario soreliano constituye un complemento lógico de las ideas de Marx, ya que la técnica del sindicalismo de Sorel propende ella sola al cumplimiento de aquél; la del socialismo revisionista y aun de los socialistas parlamentarios, ha sido y continúa siendo una farsa más o menos inicua y fructífera, una negación parcial de las ideas del maestro, y, sobre todo, una forma de vivir y medrar a costa de la estulticia obrera.

Nosotros nos sentimos lejos de toda dictadura; tan lejos de las dictaduras proletarias como de las dictaduras nacionalistas. Pero no por eso hemos de admirar menos una gran inteligencia puesta al servicio de un ideal de justicia social, desprovisto de todo utilitarismo, pues eso fué, sobre todo, Sorel, el místico de la violencia.

Para realizar el ideal de Marx y precipitar la revolución proletaria, Sorel predica el uso de la violencia por medio de la huelga obrera. Estima a la sociedad dividida en dos clases adversas, e incita a una de ellas, a la obrera, a mantener íntegramente su conciencia clasista, pues su renuncia a esta lucha necesaria y civilizadora significa traicionar el destino que le está deparado a la clase obrera. Para él no existe patria, comunidad o pueblo; no existen tipos de gobiernos distintos ni civilizaciones opuestas; sólo existen clases, dos clases que deben luchar infatigablemente, para que por medio del éxito de una de ellas, la obrera, la oprimida, se cumpla su ideal de justicia social. Para ello la clase trabajadora ha de sindicarse, y usando periódicamente de la violencia, provocar conflictos obreros, cuanto más violentos tanto mejor, pues así ha de mantenerse incólume la conciencia de clase que tan astutamente trata de adormecer la clase conservadora, y con ella sus aliados, los socialistas parlamentarios, usufructuarios oficiales del rencor proletario. Por lo expuesto cabe colegir que Sorel asigna a la violencia una función civilizadora, creadora de las grandes transformaciones sociales. La huelga violenta es la única arma que tiene la clase obrera para luchar con éxito. Hay que distinguir, sin embargo, según Sorel, la violencia proletaria (justificada por el destino que debe cumplir la masa obrera), de las guerras imperialistas, y propone reducir el empleo de la palabra violencia para designar la primera, dejando el término fuerza cuando se alude a la segunda. Así, la fuerza puesta al servicio de los ideales de expansión nacionalista, es un factor antijurídico y de retrogradación; pero la violencia puesta al servicio de los intereses clasistas es factor coadyuvante de justicia social. Analizando el aspecto ético de la violencia, expresa que todo lo que contribuya a derrocar la actual organización jurídica y burguesa, está plenamente justificado ante la moral, pues no cree que tenga ningún contenido ético una formación jurídica elaborada para favorecer una clase en detrimento de otra, amén de las que él llama «clases peligrosas», y que usan, no ya de la violencia, sino de la astucia, porque ésta se cohonesto mejor con la actual organización jurídica del Estado burgués.

No vemos, por más que hayamos meditado largamente, que el fascio-racismo traduzca con

fidelidad estas ideas. Tal vez en la exaltación de la violencia resida el único punto de contacto; pero mientras en Sorel la violencia podía invocar una noble teleología, en el fascio-racismo está al servicio del Duce o Führer, y nada más.

¡La gran paradoja de la historia: el padre del sindicalismo violento, inspirador de los regímenes que han concluido con él! Hubiera sido interesante conocer el pensamiento de éste, si viviera, al ver a la Italia fascista o a la Alemania nazista sedicentes, resultante de sus construcciones mentales.

Sorel y la moral nietzscheana.—Se alude también a Nietzsche, a pesar de su exaltado individualismo, como inspirador de esta ideología, siendo evidente que algunas ideas suyas son esgrimidas con gran delectación por los anunciantes de la «nueva era». La voluntad de potencia, según la cual el hombre debe ser un gran dominador de la Naturaleza, les entusiasma, pero quedan atónitos cuando se les pide una solución para la insuperable oposición entre el Estado absoluto y el individualismo pertinaz de su pretendido profeta.

Las ideas de Sorel tienen también un parentesco espiritual con las de Nietzsche, aunque la circunstancia de laborar aquél sus ideas solamente en beneficio de la clase oprimida puede colocarle en irremisible oposición con éste. Pero no es menester complicar el problema. Ambos contemplaron un panorama mental diferente, que tenía, sin embargo, muchos puntos de contacto; y así, para realizar el sindicalismo violento que propugna Sorel, se hace imprescindible practicar la moral de los fuertes, por oposición a la de los débiles o resignados. Y precisamente esta moral de los fuertes es la que enuncia Nietzsche, y que denomina moral del señor, por oposición a la moral elaborada por las clases sacerdotales; y aquí aparece ya la divulgada oposición entre los dos grupos de valores morales.

Nietzsche exalta la moral del señor (1); el brazo diestro, el ánimo fiero, el corazón fuerte. «La casta de guerreros que en sus andanzas se liberan por completo de las sujeciones sociales, vuelven a la simplicidad de conciencia de la fiera, y logran ser monstruos vencedores que evocan el recuerdo del soberbio bruto rojeante que ronda en busca de presa y carnicería, y en los cuales un sedimento de bestialidad necesita de vez en cuando un desfogadero».

Para confirmar su elucubración, Nietzsche recurre a la Historia y a la Mítica; los héroes homéricos, los junkers, los samurais, los viking, etcétera, todas estas razas de señores que expresan con fidelidad el pensamiento nietzscheano. El aqueo, tan encomiado por el filósofo, no es sólo el simbolismo de una raza desaparecida, sino que ha tenido sucesivas reencarnaciones a través de la Historia; y así, el guerrero castellano, de fasta memoria, que a fuerza de locura, de coraje y de desprecio ensanchó los límites de la civilización y dió colorido a los siglos xv y xvi; Napoleón, otra «reencarnación» aquea, vencedor inaudito, que pudo situarse por encima del bien y del mal, y que encarna con absoluto verismo el héroe mítico, indómito y segu-

(1) El término «señor» no tiene, en Nietzsche, la acepción que le da Keyserling en su libro *Europa* (pág. 185 y siguientes), en donde hace anotaciones sobre la psicología señorial con ocasión de hablar de las características del pueblo húngaro.

Estos se consideran los auténticos continuadores de la dialéctica hegeliana, cuya ala izquierdista la formaban Strauss, Bauer, Feuerbach, Stirner, Marx, etc.

ro de sus fuerzas, magnífico dueño de la voluntad de potencia (Wille Zur Macht). A la moral de los señores opone el filósofo tudesco la valoración moral de la clase sacerdotal, a la que endilga acerbas censuras. Al gesto retador, viril, heroico del señor, opone, como imagen gráfica, la actitud pasiva e impenetrable del asceta. Reconoce Nietzsche que la historia de estos valores es más confusa que la anterior, e intenta vincularla a razones filosóficas, afirmando luego que los judíos han tenido en su elaboración función preponderante (1). El cristianismo se halla impregnado medularmente de esta categoría de valores, siendo la piedad, la resignación, etc., virtudes ilustres en la moral cristiana, moral que luego hubo de evolucionar haciéndose laica, siendo entonces la familia la que diera su acento y le señalara su ritmo.

Sorel, siguiendo siempre las huellas del pensamiento nietzscheano, intenta completar esta estimación de valores, y señala que una importante categoría de actos humanos escapó a la atención de la misma, citando en ese sentido las que atañen a las relaciones de los ciudadanos. Supliendo esta laguna, trata de explicarla recurriendo a un sencillo esquema, tendente siempre a justificar su concepción sobre la perennidad de la violencia. En un principio se había entremezclado la mafia en las relaciones ciudadanas, dictando ciertas normas de convivencia, morales, sexuales, etc., tal lo que ocurrió en Israel. Luego, en la época que llama de decadencia, estas relaciones se vieron regidas por otro género de consideraciones; los ciudadanos directivos ya no se interesaban por las guerras, el comercio o la expansión, como en la época heroica; dejaban esas tareas, sobre todo la de la producción, en manos de intendentes y esclavos para dedicarse ellos a la vida de molición de la ciudad y cuando más a las parlerías políticas y divagaciones filosóficas. «La moral de los productores» no podía ser otra cosa que la de los dueños de esclavos, del dueño que goza muellemente del esfuerzo de sus siervos y que trata a éstos benévola y condescendiente, convencido de que son simples autómatas a quienes debe dirigirse con paternal bondad. En la actualidad, continúa Sorel, el panorama no ha variado, pues lo mismo que antaño, hogaño se trata a los trabajadores como instrumentos pasivos incapaces de pensar, añadiendo luego textualmente: «Si el mundo hubiese de tener la moral de los débiles, sería imposible el sindicalismo revolucionario; pero a la inversa, el socialismo de Estado se acomodaría perfectamente, pues se funda en la división de la sociedad en dos clases: una de productores y otra de pensadores que aplican a la producción las enseñanzas de la ciencia. La única diversidad existente entre ese supuesto socialismo y el capitalismo, consistiría en el procedimiento más o menos ingenioso para afianzar la disciplina del taller.» *La disciplina del taller* equivale, para Sorel, a afianzar las bases del actual estado burgués.

Esta rápida exégesis de algunas ideas de Nietzsche y de Sorel, basta para inferir cuáles son los elementos doctrinales que los nacionalistas desean hacer servir de base a sus postulados. La violencia soreliana (pero aplicada en

forma tal que resulta insuperable contradicción con las doctrinas del maestro), como «técnica»; la moral nietzscheana, como mística, y el héroe con voluntad de potencia, como creador y guía. Pero todo ello en confusa amalgama y enunciado con una retórica declamatoria y abstrusa. De cuyo resultado aprovechan, como únicos usufructuarios, los titulares respectivos de esos señorios. A medida que ahondemos nuestras reflexiones sobre el problema, ha de ir robusteciéndose esta convicción. Por lo pronto nos basta con señalar que la pretendida gran averiguación soreliana sobre el cometido social del socialismo violento ha sido fundamentalmente contradecida por la concepción musoliniana de la sindicación corporativa.

Y anotamos aquí la primera, pero no la única fundamental oposición entre Sorel y las dictaduras nacionalistas.

El nacionalismo y los mitos.—La reacción nacionalista no se para en medios y busca afanosamente ideas para sustentar su posición. A veces es el Estado «totalitario», monstruo moderno, en quien halla la panacea de justicia social. Otras, es la raza fundada en un concepto biológico, de especie, la que sirve de temas para sus elucubraciones, las razas superiores que deben imponer su «civilización» a las inferiores, conquistadas, y proseguir como portaestandarte de la cultura el destino de la humanidad; se habla también de la cultura nacional, vinculada al idioma, o de la necesidad de cumplir, por la violencia, la sed de poderío de las comunidades nacionales superiores. Visiones confusas de Carlyle, los héroes dominantes y sublimes; acentos filosóficos de Spengler; la concepción panteísta de la Historia y del Estado de Hegel; acaso Fichte y Espinosa. Pero todo ello en confusa amalgama, fundida, a veces, por el crisol brillante del estilo de Maurras, su teorizante más eminente (1); otras a través de la literatura declamatoria de León Daudet, que se presenta como gran detractor del siglo XIX (2).

El Estado absoluto, la raza con un pretendido sentido biológico, el héroe nietzscheocarlíyniano, el destino esplendoroso de egregias comunidades; como se ve, se mueven en pleno terreno de la mítica. Sorel ha sido quien ha llamado más vigorosamente la atención sobre tan extraña y paradójica averiguación. Hemos de ver, efectivamente, cómo las grandes conmociones sociales hanse debido principalmente a la existencia de mitos. «Los hombres —dice Sorel— que figuran en los grandes movimientos sociales, imaginan su acción próxima en forma de combates aseguradores del triunfo de su causa.» A esa construcción propone llamar «mitos».

Es fácil constatar la existencia de éstos, dando a esta expresión un sentido auténticamente soreliano, a través de la historia humana. El cristianismo elaboró su mito y se sirvió constantemente de él; el Apocalipsis es una prueba de ello, y otra lo es la lucha contra la influencia satánica, que dió presencia de ánimo a los primitivos cristianos y possibilitó las mejores páginas del martirologio. La Revolución francesa del 79 creó también su mito; y Robespierre, en la fiesta del Ser Supremo, anunciaba la inminen-

(1) Sorel no lo cree así y funda su creencia en buenos argumentos para demostrar que Israel tuvo poetas que cantaron las esperanzas de desquite de los oprimidos.

(1) Charles Maurras, cuya elaboración doctrinaria más importante está concretada en su libro titulado *Tres ideas políticas*.

(2) León Daudet, *Le Stupide XIX siècle*.

cia de una era más pura, más justa, mejor; los revolucionarios franceses se creían así profetas del nuevo orden, y su ardimiento y renunciación mística se debía a eso, a un estado colectivo de plenitud vital y de alta tensión de alma. Sólo así pudo, este pueblo heroico, vivir y cumplir una de las más épicas aventuras históricas de la humanidad; el ciudadano Bauvisage, baciloso y moribundo, que trabajaba catorce horas diarias cooperando en la Revolución, tiene mucho parecido, en cuanto a tensión sublimica, con los héroes del santoral romano. Y lo que se dice del mito cristiano y del laico de la Revolución francesa puede decirse del cruzado medieval, del soldado de la «grand armée», del maximalista ruso.

Vemos, pues, cómo es fácilmente perceptible la influencia de los mitos en la historia universal; por eso Sorel, que sagazmente advirtió mejor que nadie esta circunstancia, propuso el mito de la huelga violenta para proseguir la lucha proletaria con éxito, transformando la concepción marxista y la suya propia en mitos, para evitar la crítica de detalle que le resultaba inconveniente para su propósito.

El mito es casi siempre inverosímil. No es la utopía, construcción ideológica artificial, que nace congelada y cuyo destino es ocupar un sitio en los anaqueles de algún museo social. ¡No! El mito es una fuerza histórica que se condensa en falsas abstracciones mentales, pero de un evidente e indiscutible poder de seducción y de expansión. Comprendiendo esto, los caudillos nacionalistas acuden también en ayuda de los mitos, pero no advierten que los suyos son de fácil hechura, de deleznable conformación espiritual; son falsificaciones de mitos. Difieren fundamentalmente de los auténticos, porque les falta contenido ético. Aquéllos propenden casi siempre a engendrar nuevas formaciones jurídicas, o por lo menos a la formación de nuevos estados de conciencia, de donde han de emanar aquéllas; en cambio los mitos nacionalistas intentan retrogradar la organización humana a las primitivas formas de conciencia, basadas en el predominio de la fuerza o en la bárbara ley del más fuerte. Y así el mito de la raza.

La reacción nacionalista habla, a menudo, de la raza; en Alemania hasta dió su nombre al movimiento epónimo: el racismo. No nos hemos de ocupar de desmenuzar esta concepción de raza desde el punto de vista biológico; hoy nadie ha de sostener, con argumentos científicos, la existencia de raza biológicamente pura. El pretendido «arianismo» germano, no pasa de ser una tanta novela que se le ocurrió al señor Hitler para despertar los sentimientos inferiores del teutón, soldado y guerrero impenitente.

El famoso autor Sinclair Lewis, dice en su célebre novela *Harrowsmith*: «Martín Harrowsmith era como la mayoría de los habitantes de Elk Mills antes de la emigración eslavo-latina, un americano anglosajón típico, lo cual quiere decir que era una mezcla de francés, de alemán, de escocés, de irlandés, quizá algo de español, verosimilmente penetrado de judío y mucho de inglés, raza esta última que a su vez es una combinación de bretones, de celtas, de fenicios, de romanos, de daneses, suecos...» Esta ingeniosa expresión del autor americano, dice con más gracia y elocuencia cuanto se puede decir «filosóficamente» para destruir la noción de raza, y

los nacionalistas obrarían cuerdamente «poniendo sus barbas en remojo» si se empeñan en usar, para sus corifeos, la misma ñoñez con que Hitler pretende embaucar a su rebaño; ante cualquier intento semejante bastaría esgrimir la transcrita versión de Sinclair Lewis para ridiculizar el pomposo descubrimiento de los racistas del nacionalismo.

La raza no puede ser nunca fundamento de una nacionalidad. No sólo no es una noción científica, sino que ni siquiera es una realidad histórica. La Guerra Europea enfrentó hombres de una misma raza y las provincias reconquistadas se verían en un gran apuro si tuvieran necesidad de cerciorarse a qué raza pertenecen; así, Alsacia y Lorena fueron sucesivamente alemana y francesa, y no podemos asegurar que no han de producirse nuevas mutaciones. Córcega, que era italiana antes de la adquisición francesa, por una paradójica ironía de la Historia había de dar a Francia su César, que simboliza la patria; para el «chouvin» francés es otra prueba de lo que dejamos dicho, pudiendo multiplicarse hasta el cansancio estos ejemplos.

La confusión lamentable que hace el nacionalismo entre raza y nación, y entre nación y Estado, no sólo es una construcción mental ilógica, sino que no tiene asidero histórico alguno. Las razas biológicamente puras pudieron existir en la más remota antigüedad, aunque en el estado actual de la antropología, tal aserto no es susceptible de confirmación. Pero en la actualidad sólo existen comunidades espiritualmente vinculadas entre sí, es decir, solidarizadas por un pasado histórico de comunes aspiraciones y similares sufrimientos. Son formaciones históricas que no se cristalizan en pueblos que permanecen en estado «prismático», sino que tienden a evolucionar, a amalgamarse con otras comunidades y a veces también a desaparecer. Con lo dicho surge, pues, la necesidad de estimar a estos conglomerados espirituales, que llamamos naciones con un criterio histórico, es decir, relativista. Antiguas comunidades o naciones han desaparecido o tienden a desaparecer; así, la caldeoasiria, la cartaginesa, fenicia, etcétera; otras han tenido ulteriores evoluciones y amalgamas como sucede con las naciones contemporáneas España, Francia, Inglaterra, etcétera, que son el resultado de cruces de diversas razas invasoras que conquistaron sucesivamente los territorios de esos pueblos. Y en cuanto a la América, resulta la culminación de estas mezclas raciales, circunstancia también ironizada en el transcrito párrafo de Lewis.

Las naciones surgidas en el claro de la Historia y que tienen un pasado que las vincula y un futuro que estimula su perpetuación, tienen en el idioma un magnífico instrumento de comunidad, pero ni aun éste es perpetuo e invariable. Los idiomas han surgido como medio de comunicación y tienen una historia parecida a la del ser biológico; nacen, crecen y se extinguen; lenguas muertas cuyos hijos hoy viven lozanos; el latín, con relación al español, italiano, portugués, romano, francés, etc.

Resulta, pues, evidente que toda concepción sociológica o histórica debe ser informada por un criterio relativo, y así concluimos que el idioma es, con la Historia y las posibilidades del futuro, los vínculos más fuertes que contribuyen a gestar lo que llamamos naciones.

La Brigada Internacional



DIN duda que el drama actual de la España ensangrentada es una miniatura simbólica del gran drama mundial, en el que se perfilan, cada vez más perfectamente definidas, las dos corrientes directrices sobre las que se desenvuelve con violencia el pensamiento contemporáneo. El mundo está irremediamente dividido en dos grandes sectores de opinión,

donde el fuego crepitante de las ideas inquieta y apasiona: la derecha y la izquierda, el mal y el bien, la sombra y la luz, el oprobio y la justicia. Dos caminos, dos ideas, dos banderas que representan, respectivamente, el crimen y la liberación.

Cuando la barbarie musoliniana arrebató la soberanía a la nación etíope, el mundo entero dirigió su mirada hacia aquella lejana región. Mental, moral, espiritualmente, allí estaban alentando el avance fascista todos los reaccionarios del mundo. Y allí también, resistiendo bravamente la brutal agresión, los hombres libres, los ciudadanos de buena voluntad, los antifascistas, los demócratas, los revolucionarios. En el escenario africano brillaron al chocar las dos corrientes magnéticas que estremecen a los pueblos. Aquello fué el primer chisporroteo de un formidable incendio que comenzaba ya. España es, en esta hora grave, el mismo caso en diferente escena. Sólo que en esta reproducción el dramatismo es más intenso. Aquí están ya todos los sectores, factores y actores indispensables para entrar próximamente en un trágico episodio final.

La reacción, el sector que llamamos derecha y que debiéramos llamar sencillamente el mal, se subleva en España después de perder una tienda legal y justa en la que el pueblo, en forma democrática, la despojó de sus irritantes privilegios históricos. El pueblo resiste en armas a la insolencia reaccionaria, y entonces la subleva-

En cuanto al Estado, es la simple organización jurídica de estas formaciones históricas, y a veces no llegan a coincidir la existencia del Estado con la de las naciones; el imperio austro-húngaro, o el de Carlos V, eran un mosaico de naciones. Y si esta noción histórica, o por lo menos relativa, sirve para sustentar al Estado moderno, es fácil coleccionar la suerte que ha de correr la falsa noción de raza.

La raza no puede servir de base a las tendencias nacionalistas, a menos de exhibir una supina ignorancia de elementales nociones históricas y antropológicas.

ción obscura se convierte en una guerra de ocupación militar, de invasión extranjera, de agresión cobarde y abusiva contra la soberanía, el derecho y la independencia de España. Protegidas por la sombra de la traición, se vacían sobre el territorio español las tropas coloniales de Italia y los «camisas pardas» del payaso de Munich. La izquierda, la fuerza del bien, no podía permanecer impasible ante un atropello en masa, ante una nueva etapa de conquistas imperiales, ante un golpe tan rudo y despiadado contra el orden de la democracia, mantenido en España por la victoria pacífica de las mayorías populares. Y para enfrentarse a las tropas de Hitler y Mussolini, a la banca internacional representada por bayonetas mercenarias y pistoleros de la Internacional Fascista, la fuerza del bien se organiza y marcha para decir «presente» en España a través de su instrumento de acción y de lucha: el Ejército magnífico de la Brigada Internacional.

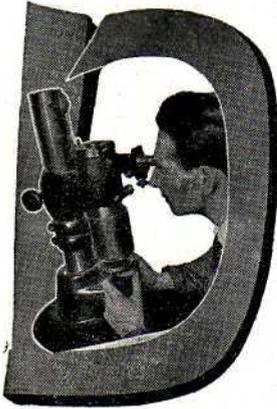
No son, y muchos de ellos jamás pensaron ser soldados. Tampoco son románticos. Hay una profunda diferencia entre la tropa sonriente y valerosa de la Brigada Internacional y la tropa invasora germanoitaliana, compuesta por pistoleros y ex presidiarios, que a falta de un buen trago de ron les da lo mismo beberse un buen trago de sangre.

En la Brigada Internacional, en el anonimato de la vida de cuarteles, trincheras y parapetos, en la humildad de los que saben que lo son, se encuentra recogida y abrazada fuertemente la juventud de los trabajadores manuales e intelectuales de todos los países, representada en España por sus más destacados luchadores: jefes revolucionarios, estudiantes, profesores, periodistas, artistas, líderes de vanguardia, poetas y músicos, mineros y escultores. No son hombres enamorados de la muerte, pero son hombres enamorados de un ideal. Lo defendieron en el Canadá, en América Hispana, en China, en Rusia y Australia. Un ideal que vibró en la palabra emocionante y recia de líderes de regiones muy lejanas y cristalizó en la acción de miles de obreros enrutados hacia la liberación social. La llama de ese ideal arde en el corazón de estos combatientes. Es fuego de pasión serena, generatriz de energías constructoras.

Pensando que en España no se debate un problema puramente local, sino que está en crisis la civilización y el destino futuro de la humanidad, todos estos miembros de la Brigada Internacional dieron la espalda a la vida tranquila de sus hogares y naciones, olvidaron intereses, dejaron atrás sus madres, hermanas, esposas y novias para hacer, bajo el cielo español, el supremo holocausto de la vida, como homenaje sincerísimo a la causa de la justicia y de la liberación de todos los pueblos.

Bajo los pliegues de un estandarte de solidaridad mundial, sonrientes, tranquilos, valerosos, marchan hacia el frente los hombres de la Brigada Internacional.

El progreso de la Biología



I

DESDE los tiempos más primitivos, el hombre ha tratado de localizar la vida en un órgano o centro tangible. Puede decirse que el desarrollo del animismo tuvo como objetivo el satisfacer ese deseo de poner el dedo sobre las fuerzas que le rodeaban, y así eliminar el misterio y tratar de controlarlas.

Incapaz de comprender la muerte ante la repentina cesación de actividad de un ser viviente, el hombre inventó una entidad material idéntica al cuerpo visible, pero invisible... a veces: el alma. En el alma, pues, estaba localizada la corriente vital, y su ausencia significaba la muerte. Pero la solución a un problema levantó otros no menos agudos y de difícil solución. ¿En qué órgano o parte del cuerpo estaba localizada el alma, y, por consiguiente, la vida? La sangre, el hígado, los riñones, el corazón y el cerebro, fueron gradualmente aceptados y rehusados como asiento del alma y órganos intermediarios a través de los cuales fluía la corriente vital para todo el cuerpo. Esta división entre la materia inerte y muerta y la vida, era el resultado lógico de la ignorancia de los fenómenos vitales y de la composición celular de los organismos vivientes. La invención del microscopio fué sin duda el golpe más fatal para las teorías animistas que por tantos siglos han dominado el pensamiento. Ante el ojo maravilloso, esa masa homogénea y al parecer indivisible que se creía el cuerpo, fué descomponiéndose en partes microscópicas con vida independiente. Esto forzó a los animistas a moderar sus hipótesis, modificándolas y orientándolas hacia un vitalismo cada vez más vago y nebuloso. Estos descubrimientos, sin embargo, no resolvieron el problema del asiento y naturaleza de la vida, y los biólogos se lanzaron a la caza de esa entidad tan elusiva que es la vida. Armados cada vez de más poderosos microscopios, los biólogos continúan hoy con más ardor e intensidad que nunca sus ataques contra ese misterio que parece desafiar su inteligencia y sus aparatos y laboratorios.

II

Si observamos una célula bajo un ultramicroscopio, observamos un mundo en continuo cam-

bio. Dentro de su delicada membrana, el protoplasma se agita incesantemente. Pero a pesar de ese eterno devenir, mantiene de momento cierta diferenciación, que permite identificar cierta parte relativamente estable de la célula. Casi en el centro de la célula existe una región generalmente esférica que aparece más densa que el medio que la rodea: el núcleo; bañado por otro fluido más ligero: el citoplasma.

Es posible pinchar o agujerear una célula sin matarla y también podemos extraer gran parte del citoplasma sin destruir la célula. Este daño sólo estimula la célula a reparar sus lesiones fabricando más substancia celular. Pero si tocamos el núcleo, la célula muere.

El papel esencial del núcleo puede demostrarse de otro modo. Si tomamos esas dos células cuya misión es continuar la vida —el óvulo y el espermatozoide— y las colocamos en dos partes con el núcleo en una de ellas, la parte con el núcleo puede ser fertilizada, pero la otra no. Hace algunos años, Jacques Loeb, brillante biólogo, cuya temprana muerte privó a la Biología de uno de sus más valiosos colaboradores, descubrió que ciertas células pueden ser fertilizadas por medio de ciertas sustancias químicas o irritación mecánica como el pinchazo de una aguja.

Aunque la pequeñez del espermatozoide está casi más allá de nuestra imaginación, en él están depositadas las características del niño y al parecer la chispa vital. En experimentos llevados a cabo se ha comprobado que cuando el frag-

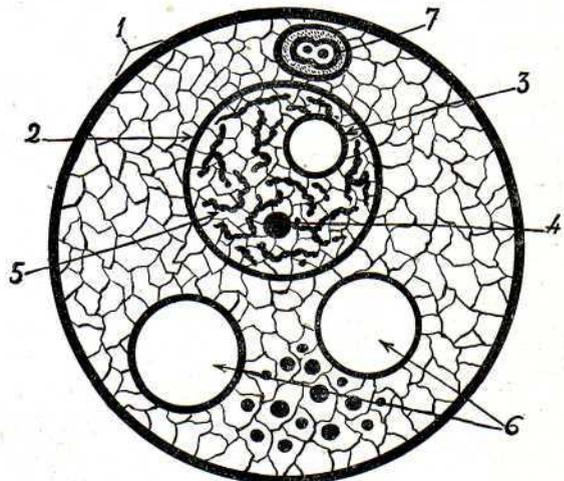


DIAGRAMA DE UNA CELULA

1, Membrana celular.—2, Membrana del núcleo
—3, Nucléolo.—4, Pseudonucléolo.—5, Cromosomas.—6, Vacuolas.—7, Centrosoma.

mento de un huevo compuesto solamente de citoplasma es expuesto a un espermatozoide y éste se sumerge en él, esta substancia adquiere nueva vida y comienza a crecer y dividirse.

Al parecer es, pues, el núcleo el portador o depositario de la vida. Para darnos una idea de la enorme fuerza que está encerrada en una masa tan pequeña, el doctor H. J. Muller, en su libro *Out of the Nigh*, nos dice que si todos los espermias necesarios para la próxima generación de seres humanos (unos dos mil millones de individuos) se pudiesen juntar en un sitio, no ocuparían más espacio que media pastilla de aspirina. El correspondiente número de huevos o células hembra no ocuparía más espacio si separásemos el núcleo del citoplasma. El espermia es casi todo núcleo, mientras que el huevo posee una masa más grande de citoplasma.

Tiñendo el núcleo, ha sido posible descubrir y observar los cromosomas —estructuras parecidas a una lombriz—. Cada especie animal y vegetal tiene su número y modelo especial de cromosomas, y al parecer jamás cambian. Las células del maíz tienen 20 cromosomas; las de las ranas, 26; las del hombre, 48; las de los caballos, 60. Los monos del Asia y del Africa tienen también 48 cromosomas, lo que indica que pertenecemos a la misma familia, mientras que los monos sudamericanos tienen 54 cromosomas.

Las clásicas investigaciones de Thomas Hunt Morgan, Calvin Bridges, H. J. Muller y otros asociados y de las que ya me ocupé en un artículo anterior, han hecho mucha luz sobre el mecanismo de la herencia, demostrando que los cromosomas no son unidades simples, sino muy complejas y compuestos de otras unidades: los genes. Los genes son en Biología lo que los átomos son en Física. Se ha comprobado experimentalmente que cualquier daño hecho a los genes puede producir serios perjuicios y aun la muerte de la célula, pues la falta de un solo gene puede ser fatal.

Así como nadie ha visto un átomo, pero sin embargo sabemos que existen, porque podemos observar sus efectos y producir infinidad de substancias químicas cambiando, trastocando, añadiendo o substrayendo átomos, tampoco nadie ha visto un gene, pero sabemos que existen lo mismo que los átomos. De sus funciones conocemos tres resultados positivos: 1) En el proceso de reproducción de la célula el gene no se divide, sino que se forma un nuevo gene. 2) Que el gene, de vez en cuando, cambia, produciendo las mutaciones. 3) Que el gene, de una manera u otra, controla y transmite al organismo las características físicas que lo distinguen.

Todas estas funciones se manifiestan solamente en un grupo de genes, pues sólo conocemos los genes en la labor colectiva dentro de los cromosomas. Pero supongamos que una de esas moléculas vivientes se separase del resto y se extraviase en el fluido celular: ¿qué ocurriría? Hace algunos años que el doctor B. M. Dugger especuló sobre esta posibilidad, sugiriendo que un gene aislado pudiera ser un agente destructivo, señalando hacia el virus filtrable.

III

Hemos ido siguiendo la vida hacia sus más recónditos aposentos, el núcleo, los cromosomas, los genes y los virus. En el virus, y también en los enzimas, los biólogos se han visto enfrentados con una barrera muy alta y hasta ahora impenetrable. Estas dos últimas substancias parecen estar vivas y «muertas»; es decir actúan como substancia viviente a veces, mientras que en otras ocasiones parecen pertenecer al reino inorgánico, no vivo. El virus más conocido es el que causa una enfermedad en las plantas de tabaco. Observando la conducta de este virus, el doctor Stanley ha encontrado esa doble propiedad de «vida» y «muerte» en la misma substancia.

Al presente, los biólogos y patólogos están estudiando y experimentando con virus, creyendo que en esa substancia está la causa y solución de varias enfermedades, como encefalitis, parálisis infantil, fiebre amarilla, cáncer, hidrofobia e influenza.

La definición más correcta que podemos dar de la vida es que ésta es un estado en la organización de la materia. No cabe ninguna duda que así como tenemos una evolución morfológica que, como una escalera, asciende desde las formas más simples hasta las más complejas, al igual existe una evolución química que ha precedido a la evolución morfológica. A qué estado la vida hizo su aparición, es algo que todavía ignoramos. Pero sí que podemos catalogar una jerarquía de substancias químicas, que comenzando con las catalistas, las enzimas, los genes y bacterias, asciende hasta el hombre. La enzima, si no está viva, es por lo menos la precursora de la vida.

En las gigantes moléculas de las proteínas es donde parece tener la vida su ciudadela y los biólogos están atacando esa ciudadela con su «artillería» más pesada. Los grandes adelantos llevados a cabo nos dan razón para ser optimistas en el resultado de sus investigaciones.

NUESTRA DEMORA

Contra todos nuestros esfuerzos por evitarlo, continúa apareciendo ESTUDIOS con gran retraso debido a la escasez de papel. Ello explica que este número, que corresponde al mes de junio, aparezca en octubre. Nuestros lectores sabrán perdonar esta anomalía que, como decimos, no podemos evitar con toda nuestra voluntad y buen deseo de alcanzar la normalidad en la publicación.

Consultorio Psíquico-sexual



REGUNTA (RESUMIDA.)

—Hace unos dos años que conocí en una tertulia literaria bastante selecta de esta ciudad a una muchacha de veinticinco años bellísima y de gran cultura, pero que al principio no me llamó la atención en absoluto, pues sólo me atraían los temas que se discutían en la reunión. Pasó tiempo, y un día descubrí que aquella joven

tenía gran parecido con la protagonista de una novela que yo leía y cuya descripción coincide con sus señas personales. Comencé a interesarme por ella simplemente por curiosidad e indagué su vida. En la tertulia era seria y triste, pero en su vida privada había tenido varios novios semiformales o camaradas de paseo, deporte, etc., desde luego sin intimar con ninguno a fondo. Me informé por alguno de ellos mismos, y me dijeron era una coqueta que gustaba ir con unos y otros, desde luego sin permitir mayores libertades a nadie, para dejarlos y variar continuamente de pareja. Lo raro es que todos ellos son muchachos de físico y mentalidad parecidos; así es que ese cambio no se explica sino porque su coquetería la hacía cansarse en seguida. A regañadientes, y a pesar de tales informes, me fui interesando por ella y procurando encontrármela en otras partes. La vi cambiada, frívola, despreocupada, bien diferente a la muchacha atenta y constante que era en nuestras reuniones poético-literarias. Era para desilusionarme, y a pesar de todo me quise hacer amar de ella. Me escuchó con simpatía, y durante algún tiempo fuimos casi novios sin hallarla entonces frívola, sino más similar a como era en las tertulias, lo cual me hizo quererla más. Pero a pesar mío fué distanciándose de mí, mostrándose insensible a mis palabras y caricias hasta llegar a decirme que aunque yo era el ser que más había querido ella, ya no le interesaba y deseaba apartarse de mí. Me alejé dolorido de su lado confiando en que volvería a mí. No lo hizo y siguió variando de pareja y tratándose con la amabilidad de siempre cuando a veces nos vemos en la tertulia donde la conocí. Ante tal caso de hipocresía refinada y coquetería le ruego que, si lo tiene a bien, me indique la conducta a seguir y si es que tiene explicación la conducta reprochable de esa mujer.—G. S. M., Barcelona.

Respuesta.—La vida acostumbra a mostrarnos a cada cual una sola faceta de los seres y las cosas. Tal y como la luna, que en sus rutas

de infinito enseña siempre la misma faz a los astrónomos, así, por lo general, contemplamos de los hombres y los hechos solamente aquel plano por el cual nos rozamos con ellos. Vemos del prisma de las otras vidas una sola faceta o varias quizá, pero no acostumbramos a penetrar en lo que existe detrás de las mismas. El hermetismo que en la sociedad actual es una cauta norma de conducta e impele a vivir a las gentes encerradas en la concha de su recelo defensivo, y la superficialidad con la cual el vértigo cotidiano nos hace deslizarnos sobre la epidermis de las cosas, contribuye a que nos contentemos con ver solamente esa cara externa del prisma de las almas sin intentar profundizar en su corazón de cristal que es en donde la luz se prepara para quebrarse después en el irisado espectro de los siete colores, de actos y de gestos que nos desconciertan.

En la palestra amorosa sucede con demasiada frecuencia que acentuándose las características citadas se ven los seres y sus acciones con demasiada parcialidad por quien a causa de ser actor de un conflicto sexual tiene un tanto oscurecida y limitada la claridad y el área de su visión.

En Sexología, como en Historia, debemos aplicar el llamado criterio *poliédrico*. No contemplar los problemas del amor con una óptica de anteojo atornillado a un sólo ángulo, sino variar los planos de visión y dotarlos del poder radiológico de ver también la profundidad psicológica de los acontecimientos, su complejidad estructural, para así, agrupándolos después en torno a una línea interpretativa, obtener una explicación palpitante y cálida, una comprensión vibrante de los mismos. La tarea del psicólogo—fascinadora y apasionante—comienza por tanto siendo de arqueólogo del espíritu. Recoge, amontona, rebusca hechos y detalles, los clasifica y dota de un concepto al menos nominal. A continuación viene la etapa de ingeniería psicológica, de selección de los hechos más importantes, ajuste y ensamblamiento en torno a ellos de los demás, y si engranan, se intenta poner en marcha aquel mecanismo psicológico reconstruido mediante una interpretación racional. Con lo cual no hacemos sino recorrer a la inversa el proceso evolutivo por el cual un paciente o ser afligido desgrana ante nosotros las cuentas de su caso que formaban antes un collar reluciente al ir enhebrados en el hilo de sus acciones.

En el caso que nos ocupa, más sencillo de lo que su ofuscación le hace creer, el psicólogo se encuentra ante un conflicto que se desenvuelve en dos escenarios diferentes: una tertulia literaria, selecta, de minoría intelectual—gema que resplandece raramente en ese arrenal de chabacanería que era la vida en las capitales españolas de la juventud—, en la cual se lee y

comenta poesía y prosa por un grupo de jóvenes idealistas, y el escenario exterior, de calles vertiginosas, talleres, campos de deporte, etc., que integran el resto de la trama habitual de nuestro vivir. Y el conflicto tiene como base la variación de conducta de una joven linda y soñadora que al parecer es coqueta y frívola en su vida cotidiana y que se muestra culta y reflexiva en los breves ratos que pasa en el oasis cultural que se han formado ustedes.

¿Y no le llama la atención que ella acuda a tales reuniones? La juventud española acostumbraba a no ser demasiado exigente consigo misma. Nos hallamos en un siglo en el cual al joven de tipo medio le bastaba saber que su músculo era ágil y que en su corazón amarilleaba una cosecha inédita de energía y optimismo. Con eso y veinticinco años a la espalda, por lo general una joven no se ocupaba demasiado de su espíritu. En la Nueva Era vendrá una formidable reacción espiritual de la cual existen ya síntomas que a la fina pituitaria del sociólogo reflexivo permiten olfatear ese olvido de la carne y vuelta al espíritu que, como reacción a tiempos pasados, verificarán unas cuantas generaciones hasta llegar a un justo equilibrio de sus tendencias. Todavía antes de la Revolución, el joven se limitaba a escuchar la roja canción de la sangre moza en sus venas y a saber que en su persona bullía embriagadora y fragante como vino añejo la esencia de su juventud. ¿Para qué más? Y salvando la excepción de sectores mozos proletarios —como el que habitualmente era ya lector de esta Revista— amantes de la cultura, la mocedad no gustaba escarbar demasiado en sí misma. Tal vez por temor a encontrar en su alma magnos e irresueltos problemas, prefiriendo aspirinizar su inquietud con una vida apretujada de acción y emociones que anestesiaras esas tristes nostalgias del alma juvenil insatisfecha y lírica.

El caso de una joven bella —factor importantísimo, pues siendo fea podría interpretarse como una compensación espiritual ese retorno al intelecto— que cultiva su personalidad y talla las aristas de su alma con el fino asperón de la conversación selecta, nos debe hacer meditar tanto. Por lo menos merece unos adarmes de admiración la joven que alterna su vida habitual con reuniones literarias de las que sólo se leen en relatos de madame Stael o en las páginas cristalinas de Stendhal. Y con esta predisposición a verla a ella como a un ser de cierta complejidad anímica, asistimos a la primera etapa del encuentro de ustedes dos. «No me llamó la atención en absoluto», afirma usted. Lo creo. Hasta Carlos Baudelaire, cuya patológica hipersensibilidad erótica es del dominio popular, decía que no acostumbraba a prestar más que una atención intelectual a las mujeres que hallaba en las tertulias literarias de París. Pues en todas aquéllas existía ya un cierto desprecio hacia el tipo de hombre que ve en la mujer solamente a la hembra, lo cual imponía a éste cierta contención en sus afectos y porque además —todo hay que reconocerlo— los hombres, como fruto subconsciente del sentimiento de superioridad que siempre creímos tener sobre el sexo opuesto, tenemos cierto inconsciente rencor hacia las mujeres a las que vemos situarse en plano de igualdad intelectual con nosotros. De ahí el que la reacción habitual del varón que en un cenáculo

intelectual halla una mujer joven y bonita sea considerarla como un caso raro y tratar de despreocuparse sexualmente de su categoría femenina o bien hablarle con cierto dejo de suficiencia.

Transcurre el tiempo y usted descubre en ella una singular similitud con la protagonista de una novela que lee, y eso le hace interesarse por ella. «Por curiosidad», dice usted. Naturalmente, como que la esencia del amor es la curiosidad hacia el ser amado, y el amor muere cuando se extingue esa curiosidad que nos hacía vivir en un eterno nomadismo espiritual en torno al alma del otro ser, peregrinando a fin de comprenderla más cada día. El egoísta —y eso lo reconoció hasta Paul de Kock, que disfrazó de picardía su sagacidad psicológica— es incapaz de amar, porque no es curioso de nada que no sea él mismo. Sabe amar el que es curioso del Universo que le rodea y tiene su alma permeable al sentimiento de curiosidad que le lleva a interesarse por el alma de otra persona. Todo amor principia siendo curiosidad, dedicando nuestra atención a escudriñar los misterios de un ser que nos era indiferente o desconocido. Y esa aparente frivolidad de los enamorados que les lleva a interesarse por detalles minúsculos y casi ridículos del otro y de cuanto les rodea, no es sino un exponente de la curiosidad amorosa que les reúne. En el momento en que se rompe tal resorte de atracción se destruye la base del amor. Dos enamorados descritos por Alejandro Dumas (hijo), decían: «Hoy hemos descubierto unas florecillas diminutas de color blanco en las márgenes del camino, anunciadoras de la primavera.» Lo cual no significa sino una transferencia al mundo externo de la curiosidad que acerca a los enamorados. Usted conocía de ella solamente un bello perfil de camafeo absorto en la locura o el comentario de poesías y textos literarios. Ese perfil, que al principio le deja indiferente, excita más tarde su curiosidad, y al encontrarle un parecido literario cristaliza su atención en ella por ese mecanismo amoroso que describiré otro día, por el cual nace el amor y que es de una sutileza extraordinaria. Entre ella y usted ya existe algo en común. Ella para usted es una representación de una heroína que le es familiar y usted ya está curioso de conocer otros puntos de coincidencia. Primeros síntomas del amor. A su vez ella, con esa «intuición femenina» que han explotado tanto los novelistas —y que no es sino la captación por los receptores psicoeróticos del interés masculino hacia su persona—, se apercebe de la simpatía que despierta.

Continúa usted la exploración de su vida privada o sea que intenta vislumbrar qué existe por dentro de ese perfil dulcemente nostálgico y levemente melancólico que conoce de ella. Sin darse cuenta la está usted colocando como eje de sus pensamientos, lo que implica ya una fase avanzada en el proceso de su enamoramiento. Se informa por sus propios y antiguos enamorados —mal hecho, y poco elegante el procedimiento— y descubre una nueva personalidad de aquella joven: frívola, voluble, coqueta, varía de pareja como de vestido. Intrigado cada vez más, la va buscando directamente, o sea que insensiblemente va ligando su vida a la de ella, anudando con nuevas vueltas el lazo que les ata aun a pesar suyo, puesto que usted no se resigna a interesarse por una mujer cuyo carácter le desagrade.

¿Por qué a pesar de todo se enamora de ella? Sencillamente porque, en amor, lo primero es sentirse curioso de otro ser; lo segundo, es descubrir que el mundo en que vive y la persona del ser amado son extraños a nuestro propio vivir y terriblemente complejos para nuestra comprensión. Aun hallándola despreocupada y coqueta —según observa usted—, una vez que ha penetrado en el mundo privado de ella, en su área de vida, una vez que ha hecho centro de su interés sus gestos y acciones, usted se da cuenta, al fin, de que está enamorado. Al manifestárselo a ella, le responde —reconozcámoslo— con esa ambigüedad y dualismo de las coquetas, si bien le permite acompañarla y fruir de esas pequeñas libertades eróticas (el *petting* y el *necking* de los norteamericanos) clásicas entre novios en España, aunque sin llegar a la relación sexual.

Entonces ya no la encuentra tan frívola ni tan coqueta como antes. ¿Ha variado ella? En absoluto. Es la misma joven triste y seria en las tertulias, coqueta y frívola en la calle, fascinadora y simpática con su enamorado. Lo que ha variado es el ángulo desde el cual la divisa usted. Ve el prisma de su alma desde nuevos planos, está llegando a una comprensión más honda de ella. Le falta unir todas las facetas y componer una visión poliédrica, integral de la joven como la que yo intento presentarle. Si entonces usted hubiese sido un poco más psicólogo de lo que fué —claro que ningún enamorado lo es—, acaso la hubiera retenido a su lado. Mas ella, incomprensiblemente para usted, se aparta de su lado diciéndole lealmente que ya no le dice nada aquel amor y vuelve a ser coqueta en la calle y discreta y amable en las tertulias literarias. Entonces usted pierde la cabeza ante aquel rompecabezas, se desespera y, enlazando en una falsa interpretación las facetas, arriba precipitadamente a barajar erróneas conclusiones que arroja desechado como lluvia de flechas a la mujer amada y odiada a la vez: hipócrita, coqueta...

Y bien. Serenémonos y razone conmigo, buen amigo.

¿Hipócrita? Hipócrita es el que finge sentimientos o compone exteriormente una máscara de carácter que no es el suyo auténtico. ¿Es ese realmente el caso de su amada? En modo alguno. Su carácter no es rígido, no es de una sola pieza, lo cual es una cualidad y no un defecto. En la vida cotidiana es alegre y frívola. En las tertulias, melancólica y nostálgica. ¿Hipócrita? No; nadie la obliga a ir a tal tertulia. Acude allí porque necesita cultivar su espíritu, ya que su vida es incompleta y aquello representa una prótesis espiritual con la cual completa las partes mutiladas de su existencia. En la reunión íntima es donde ella, aflojados los resortes voluntarios, se muestra como es en el fondo: estudiosa, seria, culta, nostálgica de ensueños que no llegarán a realizarse. En las horas gratas de la conversación selecta aprieta los racimos intactos de su alma y exprime de ellos un sabor vital cuyas mieles desconoce en las restantes horas de su vida.

Usted la conoció en la faceta más recatada y noble de su vida, en las horas en las cuales es *ella misma* y no lleva la máscara que adopta en el resto de la jornada. Y prueba que no tiene nada de hipócrita, el que cuando la vuelve a hallar usted en circunstancias bien diferentes a las

de la reunión no se esfuerce en seguirse mostrando a sus ojos —como haría una verdadera hipócrita— seria y tristonja, sino que le revela la otra radiante faceta de su carácter.

Lea usted, amigo mío, a Dostoiewski; medite sobre sus personajes y verá cómo aquel grandioso psicólogo en sus novelas gusta retratar personajes cuyos caracteres varían asombrosamente, que a veces son dulces, apacibles y quietos como el agua espejeante de una alberca y otras bullen y rugen como un hirviente despeñe torrencial. No; ella no es hipócrita. Le habla usted de amor y le acoge favorablemente, porque simpatizaron y por otro factor que le indicaré después. Cuando al cabo de un tiempo de tratarla a fondo y comprender que su auténtico carácter está más cercano al suave y pesaroso lamento de guzla que usted creyó oír a través de sus palabras en las reuniones donde la conoció, que al campanilleo bullanguero que tintinea en su vivir cotidiano, ella le indica sinceramente que su amor y sus caricias la dejan insensible, no hace sino tratarle lealmente, confesar su error al creer encontrar en usted lo que tanto tiempo había buscado. Podría entonces ella, después de la separación, fingir cierta tristeza durante algún tiempo para dejarle un buen recuerdo y salvar su perfil de persona seria. No lo hace tampoco. Sigue siendo amable y culta en las reuniones, voluble y cascabelera en la calle. Con lo cual demuestra que posee un *estilo de vida* complejo y discutible, bello o equivocado, pero personalísimo e íntegro, que no se doblega a las circunstancias y menos aún a lo que en verdad sería hipócrita deseo de quedar en buen lugar y como una «buena chica».

Con esto, el psicólogo olfatea ya el perfume de las flores eróticas de un conflicto al cual deben responder sus aparentes indicios de coquetería e hipócritas modales.

En otro «Consultorio» analicé detalladamente el problema psicológico de la coquetería. Y decía allí que existía un grupo de coquetas que lo eran «por fidelidad al ideal sexual», concepto que puede parecer contradictorio, pero que es perfectamente equiparable al de los tímidos que lo son porque no hallando una mujer que reúna cumplidamente las cualidades soñadas, prefieren no acercarse a ninguna y restar trágicamente solos en el islote acantilado de su culto a un superficial femenino inalcanzable. A la inversa de este cliché, en un negativo correspondiente al sexo opuesto, sucede en el caso de la mujer que analizamos.

Nos hallamos ante una mujer que busca en la literatura y en los ambientes culturales donde pueda libremente expansionar sus añoranzas secretas un complemento a su vivir insatisfecho. Fuera de esos minutos de cristal en los cuales destila en un círculo limitado de amigos y hermanos del espíritu sus ansiedades líricas, ella busca su sendero amoroso libremente. Y no podría tacharse de ir frívolamente a buscar el amor a una mujer de tales cualidades. La simple razón nos dice que una joven rebelde contra su destino gris no ha de contentarse con esa parodia matrimonial que satisface a muchas y que ha de buscar en auténtico amor plasmado en una figura varonil que reúna todos los atributos por ella soñados. Tal es el sentido psicosexual de su coquetería. Cuando en una mujer están muy desarrollados los receptores psíquicos amo-

rosos y por tanto con sutil intuición sabe captar leves matices eróticos de la personalidad masculina que a otras pasan desapercibidos, no se contentará con depositar sus misivas amorosas en el bolsillo del primer transeúnte, sino que en la subconsciencia poseerá una imagen ideal, un arquetipo de varón al que desearía amar. Pero los ideales de amor no se encuentran ya formados en los escaparates de la sociedad sin que tengamos más trabajo que elegir el que nos guste más. La vida nos da una figura de arcilla cualquiera ante la cual los humanos reaccionan de dos maneras: o bien —caso por desgracia el más frecuente— se contentan con aquella figura amorosa, por pereza o cobardía de modelarla nuevamente, o se hacen escultores de su ideal y amasan el espíritu de aquel ser amado hasta que esculpen sobre el viejo barro que le formaba la imagen ideal que desearían amar. Cuando no se entiende así el amor, entonces sucede lo que a la heroína de esta novela real. Se emprende una búsqueda angustiada del varón anhelado y en una tarea de modista sentimental se va probando a cada varón que se pone por delante el traje ideal que lleva en su pensamiento, pasando por la amargura de ver a los pocos días de estas probaturas que el traje resulta siempre, o bien corto o demasiado grande; que aquel varón no se acerca o sobrepasa en algún aspecto el ideal amoroso que tenía la muchacha. Mas ella, inconscientemente, intuye que nadie va a comprender esta penosa peregrinación hacia el monte Tabor de la sexualidad. E inconscientemente, ella disfraza de coquetería su dolor por no encontrar su gran y único amor. Con la risa en los labios y la nostalgia en el corazón, varía de enamorado con frecuencia. Y dice usted «lo raro es que todos ellos son muchachos de físico y mentalidad bastante parecidos, con lo cual sus variaciones no se explican sino por la coquetería.» Error profundo. Porque el hecho de que sus mutaciones eróticas se verifiquen sobre hombres similares, sólo indica que orientó su línea amorosa hacia el tipo de hombre más cercano a su ideal, como orienta sus pasos el botánico en la montaña hacia las hierbas que le son más gratas. He ahí el porqué esta joven mariposa sobre hombres de un parecido físico y mental notable; porque todos ellos son reflejos de aquel varón ideal que ensueña y del cual cada uno de sus amores pasajeros tenía alguna cualidad. Fiel a sus propios ensueños eróticos, va mojado el pincel de su aparente coquetería —que no es tal, sino fidelidad sumisa a su arquetipo amoroso subconsciente— en una gama de matices del mismo color, sin hallar nunca la tonalidad cromática anhelada.

Usted es uno de los seres cercanos a su ideal, por eso le interesó un tiempo. Acaso es usted el preferido de cuantos conoció, por la razón fundamental de que se han conocido en un ambiente que era el laico santuario de la vida de ella, en el cual, por lo tanto, se veían a través de un ángulo del prisma que era de selección espiritual, bien diferente a aquel otro de frivolidad y deportismo «snob», en el cual conoció ella a sus restantes admiradores. Como en aquel cuento de Hoffmann, en el cual un hombre veía siempre a los demás igual que los contemplase la primera vez, a través de un cristal que los mostraba alegres o tristes, feroces o tímidos, así en amor nuestro primer encuentro con la perso-

na amada determina con bastante fijeza el curso ulterior de nuestras relaciones con ella, orienta nuestra sexualidad y nuestro amor por una senda determinada, de la cual es difícil apartarse más tarde. Y usted la vió coloreada de una dorada luz de espiritualismo, que también le bañó a usted y que influyó mucho en la rápida penetración de ustedes dos.

Claro está que ella, cuya línea amorosa, es decir, la línea psicológica que preside sus fluctuaciones en amor, estaba ya mediatizada por cierta frigidez erótica, fruto de su insatisfacción psico-sexual, llega un momento en el cual cree que tampoco usted va a rasgar el velo de Isis que encubre el secreto del amor eterno para ella. Pero si entonces usted, al hallarse ante la confesión de ella, de que sus caricias la dejaban insensible, hubiese comprendido que ella era una falsa coqueta, frígida por fidelidad a su ideal erótico, y la hubiese tratado con delicadeza y penetración superiores a las de sus otros adoradores, que sólo veían en ella —cazadores eróticos— a la corza rubia de flanco palpitante, seguramente que todo se hubiera arreglado. No fué así, y al retornar ella a su peregrinaje, usted quedó obscurecido por las tinieblas de púrpura del desconsuelo sexual.

Y bien; en mi interpretación de su caso hallará su norma de conducta. Yo soy, lo saben bien mis lectores, o procuro ser al menos, sereno y objetivo en mis juicios. Trato de crear mediante mi campaña eugénica de tantos años, una comprensión sexual que es hoy más precisa que nunca para que la juventud sea libre y tolerante en sexualidad, ayudando con ello a que en tierras amorosas puedan mis hermanas y hermanos de mocedad hallar el camino hacia la felicidad.

Su amada, como tantísimas en su caso, no es hipócrita y sólo externamente coqueta. En cambio, es frenéticamente fiel a su ideal. Y eso podría, a largo plazo, conducirla a una neurosis o a la frigidez sexual absoluta al fijarse eróticamente esa imagen en ella y no encontrar agrado en ningún varón. Enséñele usted amigablemente a comprender que su ideal no se lo dará en bandeja de plata la vida ya ultimado, sino que ha de cincelarla ella misma usando del material humano que pueda utilizar. Sean escultores de su amor. Demuéstrele que la comprende y que sabe ser su guía. La comprensión mutua vendrá, y con ella, un albor nuevo de optimismo. Desde mi modesta posición de artesano espiritual de la sexualidad española, tendré la satisfacción, si así sucede, de haber contribuído una vez más a que la psicología sexual —ciencia fascinadora y arte de filigrana— haya labrado a una pareja enamorada el arco de sinceridad y comprensión que precisa cruzar para llegar a pisar la tierra prometida de la felicidad amorosa.

AMAMOS Y NO OS MULTIPLIQUEIS

por María Lacerda de Moura

OBRA DE INTERES Y DE UTILIDAD EXTRAORDINARIOS.

Precio, 4 ptas. Encuadernado en tela, 6 ptas.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Dr. R. Remartínez

Las preguntas (no más de dos o tres), deben redactarse claramente, en papel aparte, y dirigirse a ESTUDIOS, Apartado 158.—Las peticiones de cuestionarios, acompañando sello, deben dirigirse al doctor Remartínez, calle de Salvador Seguí, 19.—No se contestarán más que aquellas preguntas que tengan un interés general y que respondan al carácter divulgador y cultural de esta Sección.—Todas las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

RESPUESTA COLECTIVA SOBRE FIMOSIS: La fimosis consiste en una estrechez del prepucio, que no dejando pasar el glande, impide que éste quede al descubierto en la erección. Es, cuando menos, una molestia, y en caso de infección venérea, propende a complicaciones y dificulta las curas, por lo que será siempre aconsejable la operación. Esta (la circuncisión, con o sin corte del frenillo) se debe realizar en la infancia, cuando se note que el niño es fimósico, o de no haberlo hecho entonces, tan pronto se pueda. Es una pequeña intervención inofensiva y exenta de peligros.

Otro inconveniente del padecer fimosis es que por estar el glande siempre cubierto, tiene una sensibilidad excesiva, que propende a la eyaculación precoz en el adulto. En el niño, la acumulación del esmegma (especie de sebo) en el surco balano-prepucial, produce también a veces irritaciones y es causa de masturbación por el prurito que determina.

RESPUESTA: A Un Nihilista: El instinto del hombre, amigo mío, guarda muchas veces en sus tenebrosas profundidades tendencias crueles que sólo el freno de la educación y la autocrítica pueden desvirtuar. Cajal dijo: «Rasgando al hombre aparece la bestia», y es verdad. Por ello no podrá jamás, dentro del actual estado evolutivo de la humanidad, dejarse en absoluta libertad, sin freno ni encauzamiento, al instinto del hombre, cuyo egoísmo natural haría de la sociabilidad un mito irrealizable.

Sus otras preguntas ya han sido contestadas otras veces.
PREGUNTA: ¿Puede producirse la blenorragia sin coito con el sexo opuesto?—P. G. Uriel.

RESPUESTA: Sí, señor; por contacto de ropas infectadas de pus blenorragico, por medio de las manos, etc. Sus otras preguntas ya se han contestado en otras ocasiones.

PREGUNTA: ¿Desde qué edad pueden los niños empezar a conocer las letras y a leer?—Una lectora de ESTUDIOS.

RESPUESTA: En general puede decirse que alrededor de los cuatro o cinco años; pero esto no puede estimarse como una norma rígida, ya que, según la capacidad de cada niño y su aptitud, puede oscilar esta marca más o menos. No conviene, además, forzar demasiado la frágil máquina cerebral del niño. Antes de «hacer cerebros» debe procurarse que «haga pulmones, corazón, huesos y músculo», fortaleciendo su organismo, que luego en tales condiciones asimilará mejor los manjares intelectuales. Los niños muy precoces o a los que se ha forzado a un estudio intensivo demasiado pronto, son débiles y de propensión enfermiza.

PREGUNTA: De Pío Tortosa.
RESPUESTA: Efectivamente; en Medicina se emplean hoy día con éxito promotor de fecundos resultados las ondas ultracortas producidas por osciladores adecuados. Cada día aparecen en las publicaciones profesionales nuevos casos de las más diversas dolencias, tratados con este procedimiento que, en estudio aun puede decirse, ha dado ya resultados muy alentadores. Estas aplicaciones se hacen por aparatos y electrodos *ad hoc*. Hasta ahora el instrumental necesario, es decir, los aparatos productores de estas ondas cortas, son costosísimos y por tanto fuera del alcance de la inmensa

mayoría de los médicos, estando por tanto su aplicación casi exclusivamente reservada a los magnates de la ciencia de Esculapio o a los centros oficiales.

En cuanto a su otra pregunta, le diré que ya he leído algo acerca de los efectos estimulantes de la benzhidrina. Pero crea que lo que habría que buscar para la actual humanidad, ya de suyo harto agitada y excitada, no son nuevos estimulantes, sino sedantes que calmen la febril agitación en que vivimos. Mientras la humanidad se embrutezca con tóxicos, nervinos y excitantes, no estará, en mi concepto, en buen camino para hallar la paz de todos que no es sino la resultante de la paz interior en el espíritu de cada uno.

PREGUNTA: De Concepción Ripoll.
RESPUESTA: Pida a ESTUDIOS la obrita *La Cópula*, por Van de Velde, donde hallará amplia respuesta a su pregunta.

PREGUNTAS: ¿Puede existir semen sin espermatozoides? ¿A qué distancia se halla en toda mujer el orificio de entrada de la matriz de la entrada de la vulva?—Un amante de ESTUDIOS.

RESPUESTAS: A la primera: Sí, señor. Cuando se haya padecido una lesión de ambos testículos (orquitis blenorragica, por ejemplo) que haya anulado su capacidad espermatogénica. Entonces el semen es estéril por carecer de zoospermos, los cuales se elaboran en el testículo.

A la segunda: A unos 10 a 12 centímetros aproximadamente.

PREGUNTA: ¿No podría suceder que la corteza terrestre se fuera enfriando y que las futuras razas de entonces se fueran acomodando al nuevo clima?—Dos deportistas.

RESPUESTA: Podría suceder, en efecto, porque es ley universal la de la adaptación de los seres vivos al medio en que viven, y siempre y cuando que las variaciones de éste sean suficientemente graduales, las nuevas generaciones irán acomodándose a las modificaciones del medio, transmitiéndose por herencia los caracteres que mejor se adapten por la supervivencia de los más aptos. Pero es también posible que cuando tal cosa suceda la humanidad haya cumplido ya su misión en este infimo planeta y nuestra Tierra (que tan admirablemente hemos sabido sembrar de odios y luchas fratricidas) sea ya un planeta muerto. Pero no se preocupe, que todavía tenemos calor para unos miles de años, según cálculos de los astrónomos.

Su otra pregunta ya ha sido contestada otras veces y se han publicado en ESTUDIOS artículos y esquemas sobre el particular.

PREGUNTA: De Uno que desea sanar.
RESPUESTA: El neumotórax, en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar, proporciona, en efecto, en muchos casos, excelentes resultados. Su indicación más precisa la constituyen los enfermos con lesiones tuberculosas unilaterales estando el otro pulmón indemne. No soy partidario del neumotórax en casos de lesiones dobles, porque el pulmón sano ha de trabajar por ambos durante el colapso del neumotorizado y sólo estando sano puede cumplir mejor su función vicariante. El neumotórax obra ante todo por el reposo (primera condición de todo órgano enfermo), ya que el pulmón donde se hizo queda sin respirar o respirando muy poco durante cierto tiempo y también, y acaso muy principalmente, por las modificaciones circulatorias que determina. Claro que en tuberculosis, como en toda otra enfermedad, lo más importante es el terreno, las condiciones del individuo, su resistencia, reservas defensivas, etc., pero el neumotórax puede constituir un tratamiento eficazísimo en una gran mayoría de casos. Tiene también otra indicación: la de los tuberculosos con tendencia hemoptoica, es decir, que sufren hemorragias, pues éstas se cohiben rápida y seguramente una vez comprimido el pulmón.

PREGUNTA: Sobre almorranas.—Un aquejado.
RESPUESTA: Efectivamente, la operación, cuando hayan fracasado otros tratamientos, es el recurso de elección y sus resultados definitivos casi siempre. Se preconizan también

otros tratamientos, entre ellos la diatermocoagulación, las inyecciones esclerosantes, etc., que tienen sus indicaciones. No obstante, un gran porcentaje de casos se curan con sencillos tratamientos naturistas, sin peligro, molestias ni gastos.

PREGUNTA: *¿Cómo puede curarse la enfermedad consistente en tener urea en la sangre?*—Luis Redondo.

RESPUESTA: Eso no es una enfermedad, amigo mío, porque urea en la sangre tenemos todos, aunque en pequeña cantidad. Usted se debe referir a tenerla en exceso, percance gravísimo casi siempre. No puedo darle tratamiento sin ver al enfermo.

PREGUNTA: De Tres idistas.

RESPUESTA: Ciertamente, en Medicina se emplea hoy en día el veneno de las abejas para el tratamiento del reumatismo. Los mejores resultados se han obtenido desde luego con el método de picaduras directas, si bien este procedimiento tiene el grave inconveniente de exponer a infecciones secundarias. Los preparados industrialmente logrados de veneno de abejas (acaso por no poderse obtener hasta ahora en su integridad y puro) no han dado tan buenos resultados.

PREGUNTAS: *A las doce horas de haber entrado agua de lluvia en un taller aparecieron debajo de unas tablas unos pequeños caracoles sin cáscara. ¿Se han criado allí o venían con el agua? El haber tantas moscas y mosquitos en los montones de frutas, ¿es porque se crían allí, o que acuden a la fruta?*—J. Remolar.

RESPUESTAS: A la primera: Sin duda el agua arrastró huevecillos de caracol que había en el terreno y luego salieron de ellos los caracoles.

A la segunda: Lo más probable es que las moscas acudan a las emanaciones de las frutas en descomposición, pues si bien algunas veces pueden poner sus huevos en cualesquiera substancia orgánica en descomposición, habitualmente lo hacen en el estiércol de caballo y también en las carnes descompuestas. No obstante, repito, la mosca común efectúa la puesta de huevos en caso preciso en cualquier materia orgánica que encuentre.

PREGUNTA: De Manumitir.

RESPUESTA: Lamento, mi buen amigo, no disponer de espacio en esta sección para exponer las amplias respuestas que merecerían sus filosóficas preguntas. Ello me alejaría por otra parte del carácter de esta sección. No obstante, puedo indicarle un camino, puedo señalarle una fuente donde apagar su sed: Le recomiendo lea la obra de Blawatski, *Isis sin velo*, y luego puede seguir buscando nuevos filones en otras obras más profundas que, si lo desea, ya le indicaré.

PREGUNTA: De Un aldeano.

RESPUESTA: El defecto a que alude se denomina hipospadias o epispadias. Hipospadias, cuando la uretra, en lugar de terminar, como lo hace normalmente, a la extremidad del pene, se abre antes del fin de su trayecto en un punto del miembro, en su cara inferior, y epispadias, cuando se abre en la cara superior. Esto es siempre una anomalía congénita (de nacimiento) y reclama un tratamiento exclusivamente quirúrgico. Los individuos que padecen estas malformaciones uretrales pueden ser fecundos, es decir, tener hijos, si bien casi siempre la anómala disposición de su uretra hace esto más difícil que en los sujetos normales.

PREGUNTAS: *Si en un análisis de orina se acusa glucosuria, ¿debe uno preocuparse seriamente por esto? Un Wassermann negativo, ¿es prueba de absoluta garantía de que no se padece sífilis?*

RESPUESTAS: A la primera: La glucosuria, es decir, la presencia de azúcar (glucosa) en la orina es siempre un síntoma grave que implica casi siempre (cuando no sea una manifestación pasajera) una profunda alteración pancreática. No debe descuidarse por tanto el paciente, debiendo someterse cuanto antes a un tratamiento de fondo.

A la segunda: Ya he dicho otras veces que el Wassermann, por sí sólo, es una reacción de probabilidad, pero no absolutamente infalible. Es conveniente siempre hacerse, además de la reacción de Wassermann, las del Meinicke, Kahn, etc., pues entre todas ellas (si coinciden en su negatividad) hay una mayor garantía de seguridad. Con todo, conviene todavía repetir esta investigación dos o tres veces con algunos meses de intervalo y eligiendo de preferencia la primavera y el otoño para practicarlas.

PREGUNTAS: *¿Qué elementos componen las nubes y cómo funcionan para dar lugar a la lluvia en sus distintas formas? Un niño que a los cinco meses de edad sale de Valencia y no vuelve hasta que, ya hombre, cuenta treinta y seis años, ¿es posible que al ver una casa recuerde y diga que allí nació él? ¿Cómo se llama al defecto o aberración sexual de algunos individuos que efectúan el coito con animales de diversas especies?*—L. O. V.

RESPUESTAS: A la primera: No puedo darle aquí, como comprenderá, todo un curso de meteorología, pero sí una idea general. Las nubes están formadas por innumerables miríadas de gotitas de agua microscópicas (tal como están constituidas las nieblas, que no son sino nubes al ras del suelo), formándose en condiciones especiales de temperatura y grado de humedad del aire y en función de la presión atmosférica, calor y otros factores. Cuando estas nubes así formadas son muy livianas, el aire las eleva a más o menos altura y las arrastra lejos. Pero otras veces, al ascender la nube llega a regiones del espacio más frías, y allí, sobrepasado el punto de saturación (que está directamente proporcionado a la temperatura), el vapor de agua se condensa y las gotitas, reuniéndose y aumentando de peso por tanto, caen en forma de llovizna, lluvia o franco chaparrón. Según Tyndall, cada nube no es sino la cúspide de una columna de vapor de agua que se yergue desde la superficie de la Tierra. Las gotitas de agua que integran la nube en su proceso de formación son microscópicas, y sólo al aumentar de tamaño, al reunirse varias en una sola, como el aire no puede sustentarse ya, se forma la lluvia. En ocasiones las gotitas de agua que se formaron en una nube muy alta (por condensación al llegar a una región más fría de la atmósfera) caen en fina lluvia que no llega al suelo por atravesar capas atmosféricas más bajas donde nuevamente se evaporan, formándose nuevos vapores que ascienden otra vez. En resumen, el fenómeno de la formación de las nubes y la lluvia es hoy bastante bien conocido por la física y se sabe que sigue las leyes de la evaporación y las de tensión de los gases. El aire puede admitir una cantidad determinada de vapor de agua hasta saturación, siendo esta cantidad tanto mayor cuanto más elevada sea la temperatura, por lo que si se enfría (y esto ocurre al elevarse la nube, ya que a mayor elevación corresponde temperatura más baja) disminuye su capacidad de saturación y la lluvia se precipita.

Si le interesa ampliar estas somerísimas nociones le aconsejo lea cualquier tratado de meteorología, o acaso mejor la obra de Reclus, admirable como todas las suyas, *La Atmósfera*, editada por ESTUDIOS.

A la segunda: No es probable. Es más fácil que recuerdos de conversaciones, alguna fotografía, etc., o cualquier otro modo de información ulterior a la temprana edad que dice hayan dejado en el inconsciente del individuo (sin saberlo él por tanto) los recuerdos necesarios para identificar el lugar. Es notable a veces la persistencia en la memoria inconsciente de mil detalles que creemos sinceramente ignorar y que pueden germinar en un momento dado en recuerdos precisos que, siéndonos desconocido su mecanismo de aparición, nos parecerán inexplicables.

A la tercera: Esa aberración se denomina bestialismo y está más extendida de lo que pudiera creerse, sobre todo en los pueblos pequeños y alejados de toda población donde por tanto hay grandes dificultades y obstáculos para que el hombre pueda satisfacer su apetito sexual.

PREGUNTA: De Un nuevo lector de ESTUDIOS.

RESPUESTA: Sobre los fenómenos del metapsiquismo (mal llamado espiritismo) puede consultar muchas obras, más o menos ortodoxas. Yo le recomiendo, desde el punto de vista científico, la obra de Aymerich *Los fenómenos del espiritismo* y, sobre todo, el *Tratado de Metapsiquia*, de Richey.

Su otra pregunta, por constituir consulta, exige petición de cuestionario.

PREGUNTA: *¿Puede un descendiente de tuberculoso engendrar hijos sanos?*—M. F. C.

RESPUESTA: La tuberculosis no se hereda, o al menos éste es el parecer más generalmente admitido. Pero se hereda la predisposición, el «hábito tuberculoso»; el terreno preparado. (Le aconsejo lea sobre el particular la obra del doctor Hericourt *El terreno en las enfermedades* y mi folleto *La Tuberculosis*, editado este último por ESTUDIOS.) Un tuberculoso puede, no obstante serlo, tener hijos sanos, debiendo, sin embargo, cuidar mucho su infancia (vida higiénica, alimentación, aire puro, etc.) para contrarrestar la tendencia que pudieran tener a ser tuberculosos, es decir, robustecer el terreno, probablemente propicio por herencia.

PREGUNTAS: *¿Cómo debe comportarse un hombre para conseguir el amor de una mujer? Si una mujer joven y muy coqueta ha llevado una vida desordenada, ¿puede tenerse en ella confianza después de casada?*—E. V. de M.

RESPUESTAS: A la primera: Caramba, hombre, y qué atrassado vive usted. ¿Pero de veras necesita usted mentor; aun precisa cicerone y baedeker para que le lleve de la mano por las rutas del amor? ¿O acaso es usted un tímido adolescente cuyas mejillas enciende el rubor al solo pensamiento de Cupido? ¿O tal vez un guasón que quiere ver por dónde salgo en mi respuesta? Las tres cosas son posibles en verdad, pero yo no tengo tiempo para perderlo en esta sección de tal manera. Diríjase al Consultorio Sentimental de *El Hogar y la Moda*, por ejemplo, o lea el *Arte de amar*, del cínico Ovidio, y allí verá recetas y normas de todos los calibres y para todos los casos.

A la segunda: A veces una mujer que gozó fama de coqueta y casquivana en su juventud ha logrado convertirse por magia de un amor íntegro y verdadero en una excelente compañera y madre. Pero esto suele ser la excepción y le recomiendo prudencia o hacer el matrimonio a prueba como los melones..., no sea que luego resulte algo que haga verdadero el popular adagio que dice que «cabríta que tira al monte no hay cabrero que la guarde».

NECESITAN CUESTIONARIO, que pueden pedir enviando sello de 45 céntimos a mi dirección si desean consulta por correspondencia: Una lectora (de Bragado), Pedro Martín (de Mazarrón), Alcaide, Dos amigos (de La Garriga), Juan Galiana (de Bezás), C. Nador (de Madrid), J. Isach, J. Castro (de Madrid), V. R. (de Barcelona).

TIP P. QUILS, GRABADOR ESTEVE, 14-VALENCIA

NOVELAS, SOCIOLOGIA, CRITICA

De entre el inmenso arsenal literario que integra el acervo intelectual de nuestra época, destacan y destacarán siempre aquellas obras escritas con miras al bien común e inspiradas en un noble anhelo de superación. De estas obras selectamente escogidas por su valor impercedero, está formada la presente sección.

PESETAS
Rústica Tela

- * DIOS Y EL ESTADO, Bakunine 4'50
- * YO, REBELDE, F. Martí Ibáñez 4'50
- * EL MUNDO NUEVO, P. Besnard 4'50

PESETAS

Rústica Tela

* EL PUEBLO, Anselmo Lorenzo	3'--	3'--
LA ESFINGE ROJA, Han Ryner	3'--	4'50
LA MONTANA, Eliseo Reclus	3'--	4'50
EL ARROYO, Eliseo Reclus	3'--	4'50
EVOLUCION Y REVOLUCION, Eliseo Reclus	1'50	3'--
MIS EXPLORACIONES EN AMERICA, Eliseo Reclus	3'--	4'50
* LOS PRIMITIVOS, Elias Reclus	3'--	4'50
NIEVES, RIOS Y LAGOS, Eliseo Reclus	3'--	4'50
LA ATMOSFERA, Eliseo Reclus	3'--	4'50
EL OCEANO, Eliseo Reclus	3'--	4'50
LA VIDA EN LA TIERRA, Eliseo Reclus	3'--	4'50
ANISSIA, León Tolstoi	3'--	4'50
* ¿QUE HACER?, León Tolstoi		
* LA TRANSFORMACION SOCIAL DE RUSIA, Máximo Gorki	2'--	3'50
CUENTOS DE ITALIA, Máximo Gorki		
LA VIDA DE UN HOMBRE INNECESARIO, Máximo Gorki	2'50	4'--
* LOS HERMANOS KARAMAZOV, Fedor Dostoievski		4'50
* EL BOTON DE FUEGO, J. López Montenegro		
SECRETOS DEL CONVENTO, Sor María Ana de Gracia	2'50	4'--
* EL AÑO 2000, Edward Bellamy		
* EL DOLOP UNIVERSAL, Sebastián Faure		
* LA VIDA TRAGICA DE LOS TRABAJADORES, Dr. Feydoux		5'--
IDEOLOGIA Y TACTICA DEL PROLETARIADO, Reeker	3'--	4'50
* EL CALVARIO, Octavio Mirbeau		3'50
* SEBASTIAN ROCK (La educación jesuítica), Mirbeau		3'50
* EL MUNDO HACIA EL ABISMO, Gastón Leval... ..	3'--	4'50
INFANCIA EN CRUZ, Gastón Leval		
* PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA, Gastón Leval	2'--	3'50
EL PROFUGO, Gastón Leval		3'50
* EL IMPERIO DE LA MUERTE, Korolenko		3'50
* PEDRARI, Enrique Malatesta		
* CRITICA REVOLUCIONARIA, Luis Fabbri	2'--	3'50
TOS CARDOS DEL BARAGAN, Panait Istrati... ..		3'50
* LA ETICA, LA REVOLUCION Y EL ESTADO, Kropotkin	3'50	3'50
* LA CONQUISTA DEL PAN, Kropotkin		
* PALABRAS DE UN REBELDE, Kropotkin		
* CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES, Kropotkin... ..	2'--	3'50
LA ESCUELA MODERNA, F. Ferrer Guardia... ..		
* LAS RUINAS DE PALMIRA, Volney	2'--	3'50
LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS, Ibarreta		
COMO EL CABALLO DE ATILA, Higinio Noja Ruiz	5'--	6'50
LA QUE SUPO VIVIR SU AMOR, Higinio Noja Ruiz	4'--	5'50
UN PUENTE SOBRE EL ABISMO, Higinio Noja Ruiz	4'--	5'50
* HACIA UNA NUEVA ORGANIZACION SOCIAL, H. N. Ruiz		3'50
GANDHI, ANIMADOR DE LA INDIA, Higinio Noja Ruiz	1'50	3'--
* LA REVOLUCION ACTUAL ESPAÑOLA, H. Noja Ruiz		
LA INQUISICION EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVI	1'--	
LA DESOCUPACION Y LA MAQUINARIA, J. A. Mac Donald	1'50	3'--
LA MUÑECA (Drama social en tres actos), F. C. Crespo	1'50	
EL SUBJETIVISMO, Han Ryner	1'--	
LA INTERNACIONAL PACIFISTA, Eugen Relgis	1'--	
RUSIA ACTUAL Y FUTURA, George F. Nicolai	1'--	
ORIGEN Y DESARROLLO DEL TRABAJO HUMANO, G. F. Nicolai	1'--	
LA BANCARROTA DEL CAPITALISMO, D. A. Santillán	1'--	
LA REVOLUCION EN LA PRACTICA, Malatesta-Esteve	1'--	

FOLLETOS FILOSOFICOS Y SOCIALES

En esta Colección de Folletos Filosóficos y Sociales están comprendidos diversos temas, a cual de ellos más interesante, tratados por las mejores firmas del campo ideológico más avanzado. Todas las inquietudes del espíritu, todas las manifestaciones del pensamiento renovador y fecundo, palpitan en estos pequeños libritos, muy aptos para el proselitismo de sus tendencias. Estos folletos están magníficamente presentados, impresos en buen papel y con cubiertas a varias tintas, a pesar de su poco precio.

EL PROBLEMA DE LA TIERRA, Henry George	0'30
EL COMUNISMO LIBERTARIO, Isaac Puente	0'40
SUPERPOBLACION Y MISERIA, E. Lericolais	0'40
FEMINISMO Y SEXUALIDAD, J. A. Munárriz	0'50
LOS PRINCIPIOS HUMANITARISTAS, Eugen Relgis	0'30
EL MAREO, Alejandro Kuprin	0'50
LA FILOSOFIA DE IBSEN, Han Ryner	0'25
¡VENCEREMOS!, Martínez Rizo	0'50

COLECCION POPULAR «AYER, HOY Y MAÑANA»

Nos proponemos, con esta colección, dar a conocer en folletos de 32 páginas, presentados como jamás se habían presentado esta clase de publicaciones, al módico precio de treinta céntimos, los juicios más notables de escritores de primera fila de todos los países, sobre temas de palpitante actualidad en cualquier época: temas políticos, económicos, sociológicos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos, etc., etc.

El conjunto de estos folletos constituirá un caudal de conocimientos, original y sugestivo, con el que muy pocos podrán compararse. Será, en efecto, una verdadera enciclopedia, redactada nada menos que por las plumas más ágiles de todos los tiempos. Cada folleto encierra tantas ideas como varios volúmenes que traten de lo mismo. Ideas claras, concisas, certeras, creadas por los más altos cerebros de ayer y de hoy.

TITULOS PUBLICADOS

POBRES Y RICOS	0'30
LA POLITICA Y LOS POLITICOS	0'30
* DEMOCRACIA, SUPRAGIO Y PARLAMENTARISMO	0'30
PERIODICOS Y PERIODISTAS	0'30
CAPITAL, DINERO Y TRABAJO	0'30
* LA GUERRA	
LA SOCIEDAD ACTUAL	0'30
CRIMINALES, LEYES Y JUZGADORES	0'30
* SOCIALISMO, SINDICALISMO Y ANARQUISMO	
* EL AMOR	
LA VIDA Y LA MUERTE	0'30
PATRIOTISMO Y NACIONALISMO	0'30
LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD	0'30
EL DERECHO Y LA JUSTICIA	0'30
EL ARTE Y LA CIENCIA	0'30
HOMBRES Y HOMBRUCILLOS	0'30
EL ESTADO	0'30
LA SIMPATIA Y LA AMISTAD	0'30
LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES	0'30
ETICA Y MORAL	0'30
LITERATURA, MUSICA, POESIA	0'30
LA PROPIEDAD	0'30
HOMBRE Y MUJER	0'30
CULTURA, PROGRESO Y CIVILIZACION	0'30
LA PROSTITUCION	0'30
EL PLACER Y EL DOLOR	0'30
INFANCIA, JUVENTUD, MADUREZ Y ANCIANIDAD	0'30
LA EDUCACION	0'30
EVOLUCION Y REVOLUCION	0'30
EL TEATRO	0'30
EL LENGUAJE, LA PALABRA Y LA CONVERSACION... ..	0'30
ERROR, MENTIRA Y VERDAD	0'30
RETRATOS DE BURGUESES	0'30
AMOR PROPIO, ORGULLO Y VANIDAD	0'30
LUJO Y MISERIA	0'30

Nota importante: Los títulos señalados con asterisco (*) están agotados y en turno de reimpresión.

MEDICINA NATURISTA

Doctor ROBERTO REMARTINEZ

La EDITORIAL ESTUDIOS ofrece a sus lectores esta importantísima obra del Doctor Remartínez, con la firme convicción de que ninguna otra se ha escrito

hasta ahora con fines tan elevados ni con propósitos tan bienhechores. La obra MEDICINA NATURISTA es de una importancia excepcional y de una utilidad inmensa. Por su modernidad, por su honradez científica, por su acierto en el tratamiento de las afecciones, de todas las afecciones y dolencias, por los medios recomendables para su tratamiento y prevención, así como por la sencillez y claridad con que está escrita con miras a que el profano encuentre siempre el remedio seguro y eficaz, constituirá el libro de oro en los hogares, el amigo más preciado para la salud y la felicidad de las familias.

Esta obra es el fruto de largos años de concienzuda, metódica y perseverante labor de experimentación y de comprobación, de estudio y de análisis de miles de casos y resultados, hasta haber logrado el poder ofrecer una suma de conocimientos científicos en medicación naturista de verdadera eficacia.

Se publica en cuadernos quincenales de 48 páginas, al precio de 1'25 PESETAS cada cuaderno. La obra completa constará de unos 30 a 35 cuadernos, formando dos grandes tomos en tamaño 4.º, conteniendo más de 1.200 grabados y unas 40 láminas a tricolor. Al final se confeccionarán unas hermosas tapas para su encuadernación

**NO DEJE DE COMPRAR TODOS LOS CUADERNOS
A LOS VENDEDORES DE «ESTUDIOS»**